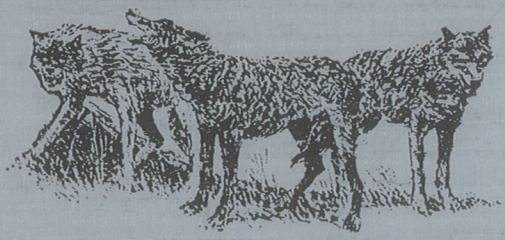
VNIVERSIDAD D MVRCIA.

LOS PERROS

LUIS RIAZA



INTRODUCCION DE JOSE ANTONIO ALIAGA

LOS PERROS

LUIS RIAZA

LOS PERROS

Universidad de Murcia

La Antología Teatral Española (A.T.E.)
está coordinada por César Oliva
Secretaria de la Colección, Teresa Bandín
Correspondencia sobre las ediciones:
Publicaciones de la Universidad de Murcia
Santo Cristo, s/n.
30001 Murcia

Pedidos y suscripciones:

Siglo XXI de España Editores
Calle Plaza, 5
28043 Madrid

© Luis Riaza, 1986

Secretariado de Publicaciones
Universidad de Murcia

I.S.B.N.: 84-7684-024-1
Depósito Legal: MU-619-1986

Printed in Spain

Imprime: Sucesores de Nogués
Platería, 39
30001-Murcia. 1986

SUMARIO

1. Visión escénica de *Los perros*, por José Antonio Aliaga 7

2. Acercamiento a una puesta en escena de *Los perros* 13

3. Notas bio-bibliográficas de Luis Riaza 15

4. *Los perros*, texto de Luis Riaza 21

VISION ESCENICA DE "LOS PERROS"

por JOSE ANTONIO ALIAGA

Aunque siempre es difícil generalizar, nos atreveríamos a decir que en la mayor parte de la producción de Luis Riaza podemos encontrar varios planos superpuestos que son independientes e importantes aisladamente, pero que a su vez se conjugan en perfecta armonía dando en ocasiones obras sorprendentes.

Los perros es una obra de las características anunciadas en el epígrafe anterior; en ella podemos encontrar, a nivel de contenido, los siguientes planos:

a) La atmósfera: Toda la obra está rodeada de un ámbito sonoro, que no vemos, pero al que hace referencia el título —ladridos de *perros*—; palabra utilizada metafóricamente (no como el animal sumiso al hombre, sino como el hombre sumiso por el látigo).

La atmósfera tiene un valor en sí misma por su efecto sonoro y referencial, ya que Riaza señala que en el deco-

rado veamos a perros colgados "abiertos en canal y trozos de carne sanguinolenta".

b) El poder: Representado por un personaje que tiene nombre, pero genérico, con adjetivo delante: Gran Rey; aunque en el subtítulo de la obra el autor hace referencia a un rey concreto, el no utilizar su nombre nos hace pensar que este Gran Rey y, como observamos en toda la obra, su afán de perpetuarse, nos lleva a pensar en el poder absoluto detentado por una persona. Junto a él, otro personaje, mero apéndice del anterior, con nombre también y adjetivo antepuesto: Pequeño Rey. Este personaje, que será el causante o motivo de toda la intriga, al final pierde su adjetivo para unirse uniformemente cubiertos por el mismo manto "los dos Reyes". En la acotación final pierden ambos el adjetivo, "habrán formado un todo, uno sentado en la silla plegable y el otro de pie, tras el primero, con el manto de pieles de perro cubriendo a los dos". Esta acotación cierra casi la obra; tan sólo queda la canción final que subraya la imagen y abre un nuevo concepto que añadir al anterior: La perpetuación en el poder. Es en esta parte en donde un montaje moderno debería hacer hincapié. Todos los detentadores del poder tienden a perpetuarse utilizando todos los medios a su alcance. Riaza la escribió en la década de los setenta teniendo como punto de referencia la situación española: Todo estaba "atado y bien atado".

Situación que podría ser mero calco de otras anteriores. Hoy vemos cómo cualquier personaje o cualquier partida, no sólo en España, tiende a seguir manteniendo el poder utilizando todos los medios a su alcance.

Este punto, que en un principio puede paracer tangencial, le da actualidad y universaliza la obra.

c) Imposibilidad de la revolución: Este plano está íntimamente relacionado con el anterior y es un tema que ha preocupado a Riaza, pues aparece en algunas de sus obras. No olvidemos que sólo hacía poco años se había perdido la última gran oportunidad en el Mayo Francés del 68 y que los intentos no ya de revoluciones pero sí de reformas hechas desde dentro en algunos países del Este, como la Primavera de Praga, habían sido sofocados por Gran Rey y repuesto el Pequeño Rey. Hoy podríamos seguir poniendo ejemplos pero, como ya he dicho, la obra ofrece toda una posibilidad de acercamiento al momento actual en cualquier país.

La revolución en la obra está planeada por los dos servidores del Gran Rey que tienen apelativo: Cortesano Blanco y Cortesano Rojo; ambos se intercambian constantemente de personajes; aunque tengan los adjetivos de Blanco y Rojo, no tienen aquí ningún valor connotativo, o al menos no lo hemos encontrado en el transcurrir de la obra, aunque pudieran tenerlo en la gestación.

Estos dos personajes son los únicos relacionantes entre el mundo exterior y el palacio; son cortesanos, "pertenecen al palacio" y cumplen las misiones que se les ordenan. Mientras están apoyados por el poder, detentan el poder, son sus brazos ejecutores, pero cuando intentan tentar al poder para sustituirlo caen el vacío. "...El mecanismo lo desencadenan siempre los hijos de palacio... Luego son los perros los que terminan la revolución a dentelladas...", pero eso será en otra obra; en ésta, la revolución ha sido imposible; una vez más, la frustración.

Los tres planos de los que acabamos de hablar se asientan en dos espacios y dos tiempos contrapuestos:

1. Espacios $\left\langle \begin{matrix} \rightarrow \text{El palacio} \\ \rightarrow \text{La caverna} \end{matrix} \right.$

2. Tiempos $\left\langle \begin{matrix} \rightarrow \text{El día} \\ \rightarrow \text{La noche} \end{matrix} \right.$

Espacios y tiempos están perfectamente entroncados. El día se corresponde con el palacio, que en el texto no tiene una configuración escenográfica concreta. La acotación primera donde se habla de la escenografía, nos muestra un espacio neutro donde sólo aparecen la percha negra, el coro tiene sus trajes, y en la parte central se sitúan los ganchos de carnicería. Sin embargo, el subtítulo de la obra nos da una referencia más clara: "Retablo barroco renovado".

A partir de esta idea los escenógrafos pueden crear el espacio conveniente. Como ejemplo presentamos un boceto, fruto del estudio y discusión de la obra con el arquitecto y escenógrafo Juan Antonio Molina, y que ha sido realizado por Fermín Marín.

De todas formas, he de anotar que, siendo Riaza en otras obras suyas muy explícito en la descripción de sus espacios escénicos, en la creación de planos a diferentes alturas donde colocar a sus personajes estratificándolos, en esta obra ha sido muy parco en la descripción de este espacio. Más explícito es en el segundo entramado espacio-tiempo: La caverna-la noche.

Doce campanadas solemnes marcan la distancia entre el poder y la subversión.

El espacio escénico se transforma en la caverna, nombre de amplias resonancias para los amantes del rock. En este lugar, donde los instintos afloran en toda su intensidad, aparecerán disfrazados Pequeña Rey y Madamita (esposa del Gran Rey y madrastra de Pequeño Rey). Ella se disfrazará de Zizy la putita, la mujer que alegrará a los oprimidos y les pondrá bálsamos a sus penas.

A todos estos elementos temáticos hay que añadir la contraposición entre lo monolítico del personaje Gran Rey frente a la ambivalencia de Pequeño Rey y Madamita. La falta de posicionamiento ideológico inicial de ambos, sus ambiciones y sus miedos llevarán al fracaso de la revolución, una revolución que no se perfila ideológicamente, sino que es un nuevo levantamiento contra el poder, sir-

viéndose para ello, como lo hizo Calderón en *La Vida es sueño,* del propio hijo del Poder.

El sexo aparece como un ingrediente importante, pero utilizado por Riaza para subrayar la bipolaridad en que se sumerge toda la obra.

- Palacio - Poder - Día - Represión sexual
  └——→ Impotencia sexual del poder

- Caverna - Subversión - noche - liberación sexual.

Los perros es una obra que se estructura formalmente en dos partes simétricas:

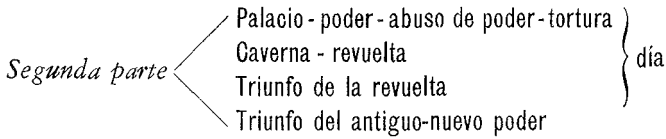
Primera parte < día - palacio - presentación del poder
noche - caverna - presentación de la subversión

Las doce campanadas marcan el paso de estas dos grandes secuencias y el amacer la vuelta al palacio. En este momento ambiguo en el que Pequeño Rey vuelve a palacio, es abordado y tentado para que encabece la revuelta.

Pequeño Rey.—¿Y si yo me aviniese a encabezar esa revuelta de los oprimidos y humillados?...

Pero el día llega y todo vuelve a cobrar su orden, cerrándose esta primera parte con el "Pongámonos en marcha", que dice el Gran Rey.

La segunda parte es simétrica a la anterior, sólo se invierte en la duración de la secuencia. Si en la primera parte la presentación del palacio ocupaba la mayor parte y la segunda unas pocas páginas, en la segunda parte el palacio ocupa tan sólo el comienzo, dando pasó después a una amplia secuencia: la revuelta.



Si las doce campanadas servían como nexo relacionante entre el día y la noche en la primera parte, el nexo es en esta segunda parte una canción que unifica dos planos escénicos superpuestos, uno que se da en el palacio y otro entre los integrantes de la caverna.

La revuelta triunfa: el Gran Rey se dispone a morir. Llega la noche, y con ella la transformación de Pequeño Rey y Madamita; ambos incitan a Gran Rey a que cumpla el rito bebiendo de una vez el veneno. Madamita/Zizy canta una canción cumpliendo la última voluntad de Gran Rey, canción cuyo ritmo irá subiendo hasta convertirse en una auténtica provocación para entregarse y celebrar al nuevo Rey.

Todo podría quedar aquí; la comedia así tendría un final, si no feliz, al menos esperanzador. No perdamos de vista una secuencia importante en donde aparecen los libros que lea Pequeño Rey —"Biología del Conocimiento", "Historia del Primero de Mayo", "La dialéctica del objeto económico", "Las flores del mal"—. La formación del príncipe nos hace albergar esperanzas, pero la última secuencia vuelve a plantearnos la modernidad del texto: el poder se sucede a sí mismo con las mismas características, ya sea heredado o como en este caso heredado y producto de una revuelta. Por si textualmente esto no queda suficientemente claro, Riaza redunda en la imagen. Gran Rey resucita y junto con Pequeño Rey forman una imagen monolítica arropada en el manto de pieles de perro, mientras el coro entona una alusiva canción.

Acercamiento a una puesta en escena de "Los perros"

La complejidad temática de la obra de Riaza nos plantea a la hora de la puesta en escena varios problemas a resolver. En primer lugar, definir qué forma de interpretación, qué camino seguir. Hay tres personajes con características propias: Gran Rey, Pequeño Rey y Madamita; de estos tres sólo uno se mantiene fiel a sí mismo, los otros dos adquieren características diferentes según su situacionamiento espacio-temporal.

Los demás personajes forman parte de un gran coro que se manifiesta a través de dos cortesanos-corifeos, que se reparten todos los cometidos escénicos, travistiéndose constantemente, unas veces física y otras síquicamente.

Este punto de partida nos alejaría de una interpretación y puesta en escena realistas para, descartando éstas, pasar a una visión ritualizante de las acciones que suceden en Palacio. No debemos perder de vista como hemos dicho que en el palacio sólo una cosa es verdad: El poder; todo lo demás es pura fachada.

En la caverna ocurre otro tanto, sólo una idea es real: La represión que ejerce el poder y el concepto que como contrapartida se opone: La revuelta, estando encarnada ésta por el poder evocador de la música —el rock—, música que en sus inicios supuso subvertir la hipócrita moral de la burguesía del siglo XX (pero de esto hablaremos más adelante).

Definido esto, tenemos más claro el camino a seguir: alejarnos de una concepción realista y acercarnos a la épica del teatro brechtiano.

El acercamiento lo haremos a través de los elementos fundamentales de la representación: la interpretación, la escenografía, la música, el vestuario, etc.

Hemos hablado en el epígrafe anterior de la música como subvertidora del poder. Ahora podemos decir que en

nuestro trabajo de montaje tendría capital importancia, ya que nos mostraría un camino tan ambivalente como todo lo demás. La música que se toca y canta en palacio debe transformarse en la música de la caverna cambiando los ritmos, aunque se crea al escucharla la ilusión de que ese camino se puede llevar a la transformación de la sociedad.

El rock, un día lático de la sociedad burguesa, hoy es perfectamente asimilado y amparado por el poder. Por eso, pensamos que la música como todo debe servir sólo para crear la ilusión, pero no para definir la realidad.

Es la propia canción final la que nos marca la descorazonadora visión del mundo que nos deja Riaza:

> Sobre el cadáver del Imperio
> papá-moscarda puso sus huevos
> y de los huevos del viejo mosco
> brotó un moscardito-emperador
> oliendo todo a moscas antiguas
> y a cadáver recién nacido.

NOTAS BIO-BIBLIOGRAFICAS DE LUIS RIAZA

Fecha y lugar de nacimiento: 5 de marzo de 1925, en Madrid.

Factores y acontecimientos de su vida que le han marcado como individuo y han influido en su obra: El levantamiento militar de 1936, la guerra civil prosiguiente, hasta 1939 y, sobre todo, el período de posguerra han influido decisivamente en su vida y, asimismo, en su obra literaria. Por pertenecer su padre al campo de los "vencidos", hubo de dejar en suspenso los estudios emprendidos y se convierte en "autodidacta" con las consiguientes ventajas —falta de encasillamiento en una educación dirigida y alienante— e inconvenientes —dispersión de los conocimientos— que ello supone. Obligado, por otra parte, a un trabajo "alimentario" —funcionario postal— totalmente ajeno al quehacer literario, incide aquél en su vida con un carácter, también de doble signo: uno que puede considerarse positivo en cuanto le permite una libertad de escritura, no forzada, para poder subsistir, a las exigencias del mercado cultural y otro, negativo, marcado por la falta

de tiempo y de concentración para desarollar su tarea como escritor.

Etapa inicial de su tarea literaria y teatral: Empieza a escribir relatos cortos que se publican, en parte, en algunas revistas literarias.

Dos piezas de teatro, inéditas y nunca representadas, son escritas en los años cincuenta Se titulaban *Berenice* y *El caballo dentro de la muralla.*

En los años sesenta alterna la producción de obras de teatro y de libros poéticos. *Como la araña, como la anaconda* gana el premio "Guipúzcoa", de poesía, en 1968. Permanece inédita a causa de inconvenientes, primero políticos —censura franquista— y luego económicos. *Libro de cuentos,* Premio "Vizcaya", también de poesía 1969, queda asimismo inédito por similares razones.

De dicha década son las dos piezas de teatro que, por primera vez, son representadas. *Los muñecos,* de 1968 y *Las jaulas,* de 1969. Ambas permanecen inéditas.

Gana diversos premios por relatos en prosa.

Trayectoria en su camino de creador: En los años setenta continúa alternando la producción poética y la teatral aunque se dirige con mucha mayor asiduidad hacia este último género. En 1979 ganó nuevamente un concurso de poesía, esta vez en la ciudad de Alcalá de Henares, y es publicado el libro por el Ayuntamiento de dicha localidad. Se titula el trabajo *Libro de los anillos infernales o de las metamorfosus leidicas.*

Como piezas teatrales escribe los siguientes títulos:

Colabora en la redacción de EL FERNANDO, espectáculo colectivo del Teatro Universitario de Murcia, 1972. Publ. en Campus, Ed. Madrid, 1978, y en la revista "Yoriche", Barcelona, 1972.

Representación de Don Juan Tenorio por el carro de las meretrices ambulantes. Publicada por la Editorial *Cuadernos para el Diálogo,* Madrid, 1973. Estrenada.

Los círculos. Inédita. Estrenada.

El desván de los machos y el sótano de las hembras: Primera publicación en la revista "Pipirijaina" en su primera época, posteriormente en la colección "Letras Hispánicas" de Editorial *Cátedra,* Madrid, 1978. Estrenada

Drama de la dama que lava entre las blancas llamas. Revista teatral "Primer Acto", 1974. Estrenada.

Los perros. Inédita hasta la próxima publicación por la Universidad de Murcia. Estrenada.

Retrato de dama con perrito. Editada primeramente por Editorial *Fundamentos* en 1976. Por Editorial *VOX* en 1980. Estrenada.

El palacio de los monos. Editorial *Cátedra,* 1978, en el mismo tono que *El desván....* Estrenada.

Antígona ...¡Cerda!... Primera publicación en la Revista "Estreno" de la Universidad de Cincinati, U.S.A., 1982. Segunda publicación por Editorial *La Avispa,* Madrid, 1983. Estrenada.

Mazurka. Publicada en el mismo tono que la pieza anterior. No estrenada en teatro.

Epílogo. Publicada en el mismo tono que las dos piezas anteriores. No estrenada.

Revolución de trapo. Inédita y no representada.

Medea es un buen chico. Revista "Pipirijaina" 2.ª época, 1981. Estrenada.

Retrato de niño muerto. Inédita. Estrenada.

El emperador de los helados. Inédita. No estrenada.

Algunas de estas obras fueron estrenadas por diversos grupos en el Festival de Teatro de Sitges, entre ellas *Los muñecos,* estrenada por el T.E.U. de Murcia, dirigida por César Oliva.

Retrato de dama con perrito, fue estrenada en el Centro Dramático Nacional de Madrid, dirigida por Miguel Narros, en 1979. Esta obra consiguió el premio "El espectador y la crítica" como la mejor obra de autor español estrenada en Madrid en dicho año.

Mazurka, fue emitida por la 1.ª cadena de TVE en un ciclo dedicado a autores españoles vivos.

En algunas piezas publicadas se añaden estudios del autor sobre diversos temas teatrales, especialmnete en la edición de Cátedra de *El desván de los machos...* y *El palacio de los monos* se analiza la propia concepción dramatúrgica de aquél.

Los perros, consigue el premio "Lazarillo" de teatro, en 1980.

Retrato de niño muerto, es escrita como consecuencia de una Ayuda a la creación Teatral del Ministerio de Cultura en 1984. *El emperador de los helados,* por el mismo concepto en 1986.

En el campo del relato en prosa gana diversos premios, entre ellos el de la Casa de España, en París, con un trabajo titulado *Dólares.*

Traducciones y estrenos en el extranjero

Retrato de niño muerto ha sido traducida al francés, al inglés y al búlgaro. Estrenada en Lille (Francia) por la Compañía Profesional de Martine Cendre.

Medea es un buen chico ha sido traducida al francés, al inglés y al italiano.

Los círculos fue representada en español en diversas ciudades de Marruecos.

Retrato de dama con perrito, fue estrenada en Caracas y Montevideo y en el Festival de Manizales (Colombia).

Representación de Don Juan Tenorio por el carro de meretrices ambulantes, ha sido estrenada en Caracas.

Con *El desván de los machos y el sótano de las hembras* se han realizado dos giras por Estados Unidos, una con el Grupo de Teatro de la Universidad de Valladolid, por los estados del Este y otra, con el grupo "Ditirambo", de Madrid, por numerosos estados en todo el ámbito de U.S.A. Esta obra también ha sido estrenada por un grupo chileno en Santiago de Chile.

Revolución de trapo, traducida al francés, ha sido seleccionada en 1986 entre las obras escritas originalmente o traducidas a dicho idioma por el Organismo encargado de difundir tal selección entre todas las compañías francesas, profesionales o no.

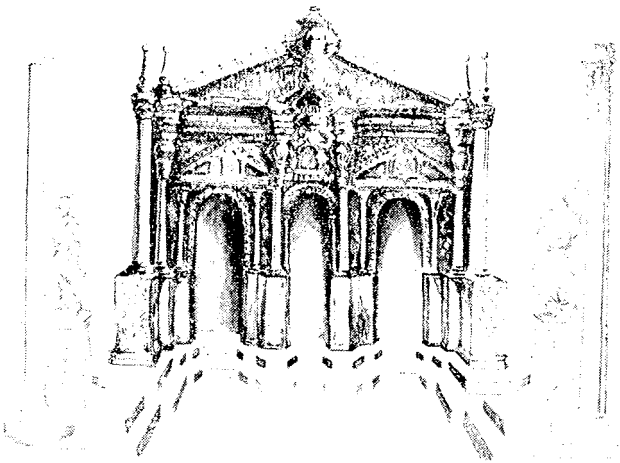
LOS PERROS

Texto de Luis Riaza

PERSONAJES:

— GRAN REY.
— PEQUEÑO REY.
— MADAMITA.
— CORTESANO BLANCO.
— CORTESANO ROJO.

— varios COMPARSAS músico-decorantes.
— diversos perros más o menos reales.



PRIMERA PARTE

LOS ACTUANTES.—Entran los actuantes formando una procesión. Música sacro-fúnebre.

Cuatro COMPARSAS, con hábitos de monjes encapuchados —preferible el color pardo en tales hábitos— portan un féretro descubierto. También puede usarse una simple tabla negra. En el interior del féretro o sobre la "tabla-escudo", GRAN REY, las manos cruzadas sobre el pecho.

Uno de los COMPARSAS restantes lleva un gran perro negro sujeto por una correa. El último COMPARSA sobre un cojín con borlas, un perrito de alcoba.

Detrás de los COMPARSAS marchan MADAMITA y PEQUEÑO REY. Todos los enlutados. Llevan faroles conteniendo cirios encendidos.

Cerrando el cortejo, también con fúnebres luces, los dos cortesanos: uno de BLANCO; el segundo de ROJO.

(Se sugiere para estas dos figuras tomar como modelos los cuadros de Chaim Soutine titulados *Le patisier* y *L'enfant du coeur*).

Uno de los dos cortesanos marcha batiendo, con redobles espaciados, también fúnebres, un timbal. Entre redoble y redoble, el otro hace sonar una carraca.

LA ESCENOGRAFIA.—Los fondos del espacio escénico, menos la parte central, quedarán cubiertos con una percha de hierro pintada de negro de la que penderán los trapos y trajes que han de utilizarse en la representación.

La mencionada parte central estará ocupada por un artilugio con ganchos de carnicería de donde colgarán pieles, cueros abiertos en canal y trozos de carne sanguinolenta de diversas clases y razas de perros. Los perros vivos pueden estar sujetos por medio de largas correas a dicho artilugio y los más pequeños —chiguaguas, lulús y otras fruslerías— metidos en jaulas de hierro negras y colgadas entre los residuos sangrientos.

Debajo de la larga percha, en el suelo, pueden permanecer los utensilios que han de utilizarse durante la representación.

(Después de un cierto tiempo de avance procesional, entre redobles de tambor y agitar de carracas, los COMPARSAS *entonan un canto salmódico).*

CORO DE COMPARSAS.—Sénsibus informe infundi
in corporis spiritus...

UN COMPARSA.— Canis víctimas eternis...

CORO.— Facien firmus perpetis
creabutur creasti sénsibus...

COMPARSA.— Canis cordis eternis...
CORO. Virtutes rexis mortiborum
et renovabis facien terrae...
COMPARSA.— Canis sanguis eternis...
TODOS.— Ameeeen...

(Alcanza el féretro el centro del espacio escénico. Es depositado en el suelo y rodeado por los faroles. Los cortesanos aullan).

CORTESANO ROJO.—¡Se apagó la estrella de la magnificencia!
BLANCO.—¡Las tinieblas cubren el orbe!
ROJO.—¡Jamás existiera corte con cabeza más esplendente!
BLANCO.—¡Qué capitán de capitanes!
ROJO.—¡Qué señor de señores!
BLANCO.—¡Cuando descendía a las cocinas relumbraban como ascuas.
ROJO.—¡Y los marmitones se sentían rellenos de salsas luminiscentes!
BLANCO.—¡Qué capitán de capitanes!
ROJO.—¡Qué señor de señores!
BLANCO.—¡Qué cristiano de cristianos!
ROJO.—¡Qué emperador de emperadores!
MADAMITA.— *(Arrodillándose con voz recogida que contrasta con los aullidos de los* COMPARSAS*)*

Sénsibus celestis isfundis
in corporis eternis.

PEQUEÑO REY.— *(Arrodillándose también, voz tenue)* Amén.

(Se pone rápidamente en pie. Voz perentoria)

¡Campanas!

(Suenan campanones lentos)

Y, al presente, señores cortesanos, demos paso a

las fúnebres armonías. ¡Comience la danza de exéquias!

(Los COMPARSAS *sacan violines enlutados de debajo de los hábitos y riman una orquesta de zíngaros. Húyase de la exageración caricaturesca.* PEQUEÑO REY *se acerca a* MADAMITA, *todavía arrodillada. Reverencia)*

Pourrai je espérer de ma gentille petite mère qu' elle fît l'honneur de dancer avec moi cette valse de la mort?

MADAMITA.—Disculpadnos, Alteza. El honor de danzar con vos este vals de la muerte sería el que se hiciera a nuestra persona. Sin embargo, la etiqueta exige que aguardeis en el poyete de los esperanzados. Los primeros giros han de dedicarse a la favorita del difunto.

(Se forma el "poyete de los esperanzados" en el que aguardarán, en fila, sentados en el suelo o en cuclillas, los que MADAMITA *sacará sucesivamente a bailar. Cuando lo hace con el primero de la fila todo el resto de la misma "gana" un puesto y el primero que deja de bailar ocupa el último puesto de aquélla).*

ROJO, *que ocupa la cabecera de la fila, se pone un parche negro sobre el ojo que recuerda al de la Princesa de Eboli. Es sacado a bailar por* MADAMITA *que efectúa acentuada reverencia para hacerlo. Aquél finge voz femenina y profunda. Danzan).*

MADAMITA.—Despedís un extraño perfume, princesa.

ROJO.—La sangre que mana de mi ojo.

MADAMITA.—(*Muy dulce*)

Nada se trasluce El terciopelo de vuestra mascarita limpio se conserva. Y tan misterioso y seductor como cada noche.

ROJO.— (*Aspero/a*)

El ojo que me sangra no es el tapado El verdadero dolor no ha menester de ocultaciones.

MADAMITA.—Conforme con vos, princesa. Lleváis el dolor por nuestro esposo escrito en la carne misma. Digna sois de servir de leña a la pira real... ¡Sus perros, sus halcones y sus amantes...! Nom de Dieu et quelle fameuse fumerolle sortiari de cette melange!

UN COMPARSA.—¡La polca de la muerte!

(*Reverencia correspondiente y* MADAMITA *saca a danzar a* BLANCO. *Juego descrito en el "poyete". Cambian las músicas*).

MADAMITA.—Despedís un extraño perfume, milord.

BLANCO.—A cebollines, milady.

MADAMITA.—¿Habeis dicho a cebollines, milord?

BLANCO.—A cebollines de sepultura, milady. Con un casi nada de ajo británico. Ayuda a la digestión después del banquete de difuntos.

MADAMITA.—¡Verdaderamente voluptuoso! Casi concupiscente! Me siento tentada a pellizcaros, milord embajador.

BLANCO.—No son de extrañar vuestras ardeduras: en los magnos sepelios suele darse el fenómeno.

MADAMITA.—Aguardadnos. pues, esta noche, en las traseras de vuestra despensa, milord cocinero.

BLANCO.—Os aguardaremos, milady.

COMPARSA.—¡La mazurca de la muerte!

(*Mismo juego anterior y nuevo cambio de músicas.* MADAMITA *saca a bailar a* PEQUEÑO REY)

MADAMITA.—Despedís un extraño perfume, mi príncipe.

PEQUEÑO REY.—A desesperada orfandad. Y vos, por vuestra graciosa parte, también exhalais no sé cuál misteriosa fragancia...

MADAMITA.—Aroma es de irremediable viudedad.

(*Danzan un tiempo en silencio*).

PEQUEÑO REY.—Os presento mis condolencias más sentidas, madame. Habeis perdido un esposo sin par.

MADAMITA.—Y vos aceptad mis más expresivos pésames, monsieur. Habeis perdido un padre señero.

(*Danzan en silencio*).

PEQUEÑO REY.—La vida, señora, es tan sólo un instante de luz entre dos eternidades de sombras.

MADAMITA.—En efecto, señor. Tinieblas, un éclair, y, de nuevo, tinieblas.

PEQUEÑO REY.—Un suspiro fugaz.

MADAMITA.—Un guiño apenas...

(*Danzan en silencio*)

PEQUEÑO REY.—¿Permitís que os pregunte sobre lo que os cedió vuestro esposo en sus voluntades postrimeras?

MADAMITA.—Ninguna cosa en que poner los ojos que no fuese recuerdo de la muerte. Rien de rien... Y, a vos, ¿qué os legó vuestro padre?

PEQUEÑO REY.—Verduras de las eras. Rocío de los prados. Fuese, y no hubo nada.

(*Danzan en silencio*)

PEQUEÑO REY.—Desheredados...

MADAMITA.—Hueros de patrimonio...

(*Danzan en silencio*)

PEQUEÑO REY.—Sus bienes todos los transfirió a la canalla.

MADAMITA.—A los desparramados...

PEQUEÑO REY.—Monasterios para los perros.

MADAMITA.—Coronas para los perros.

PEQUEÑO REY.—Vacaciones para los perros...

(*Danzan en silencio*)

MADAMITA.—El futuro para los perros...

PEQUEÑO REY.—El fin de los tiempos.

MADAMITA.—Los límites de la historia.

PEQUEÑO REY.—La historia negra...

MADAMITA.—De ahora en adelante nada se repetirá...

CAMPARSA.—¡El vals de la muerte!

(*Se repite toda la ceremonia.* ROJO, *el primero de la fila nuevamente, es sacado a bailar*).

MADAMITA.—Despedís un extraño perfume, princesa.

ROJO.—La sangre que mana de mi ojo.

MADAMITA.—Nada se trasluce. El terciopelo de vuestra mascarita...

(*En este momento, cortando la frase,* GRAN REY *hace sonar su voz dentro del ataud*).

GRAN REY.—¡Maestresala!

(*A tal voz se deshace la escena anterior.* BLANCO *y* ROJO *se adelantan y permanecen en las proximidades de* GRAN REY, *puestos a sus indicaciones.* MADAMITA *se arrodilla a un lado marginal del espacio escénico.* PEQUEÑO REY *lleva el perrito del almohadón junto a* MADAMITA *y el gran perro a enganchar en los fondos de la escena. Los comparsas se sientan entre los vestidos, debajo de la gran percha y se dedican a afinar sus instrumentos.* GRAN REY *se incorpora en el ataud. Llama más fuerte*)

¡¡Maestresala!!

(*Se acerca* ROJO)

ROJO.—¿Majestad?

GRAN REY.—Me pareció entender algún susurro que venía a resquebrajar el silencio substancial para mi reposo.

ROJO.—Algún perro de desvanes impaciente, sin duda, por recibir la pitanza prometida. Por lo demás, todo vuestro palacio se acomoda a su paz ordinaria.

GRAN REY.—¿Así que mi buena Corte...?

ROJO.—Espera, Majestad... Pero sin las impaciencias de esos animales del afuera.

GRAN REY.—¿Y mi buena esposa?

ROJO.—Recluida en sus honestas reflexiones, Majestad.

GRAN REY.—¡Esa chiquilla, siempre envuelta por las nos-

talgias de su frívolo país...! Es necesario que escuche nuestras músicas, que frecuente nuestros teatros, que acaricie a nuestros perritos... Acudid, amigo mío; acudid a su lado y proveed a cuanto se os ha dicho...

(*Vuelve a echarse en el ataud.* ROJO *se dirige al fondo de la escena para recoger un* COMPARSA *y se acerca con él hasta* MADAMITA. *Durante la escena siguiente,* GRAN REY, *aún acostado en su lecho-ataud, da muestras de querer enterarse de lo que pasa a su alrededor.* ROJO *toca a* MADAMITA *en el hombro como para sacarla de su abstraido recogimiento*).

ROJO.—¡Señora...! ¿Me oís, mi señora?

MADAMITA.—¿Qué se desea de nos?

ROJO.—La hora de vuestras músicas, señora.

MADAMITA.—Estamos pronta.

(*Al* COMPARSA)

Cuando quieras, mi buen perrito.

(*Toca el* COMPARSA *un instrumento dulce. Canta* MADAMITA. *En caso estrictamente preciso puede hacerlo siguiendo la traducción al castellano de la canción que sigue, pero siempre conservando un fuerte acento extranjero*)

Dans le château de Blois
mon enfance s'est passée:
les flots de la douce Loire
ses tourrelles refletait
et les beaux troubadours
venaient chanter mes yeux...

ROJO.—Dulces, en verdad, aquellos ríos de vuestra infancia. Sin embargo, Su Gentil Majestad debiera conocer las bravas corrientes que recorren vuestros actuales reinos.

MADAMITA.—Dans le beau Chenonceaux,
juste aux bords du doux Cher,
quand j'avais mes seize ans

on a fait mon portrait,
dans lequel, des brocarts,
s'echapait mon p'tit sein.

ROJO.—Nuestro pintor de corte, según tengo entendido, ya terminó vuestro nuevo retrato para la galería de reinas. Se dice que ha logrado los pardos y negros más austeros y considerados.

MADAMITA.—Dans le château du Louvre,
aux bords memes de la Seine,
quand j'avais mes saize ans,
ont m'a fait appeler
et, d'une voix un peu triste,
m'a dit Madame ma mére:

"Isabelle, ma petite,
tu dois te marier.
Le roi d'un vieux pays
nous a fait grand honneur
envoyant d'embassades
pour demander ta main...".

ROJO.—Gozoso destino ése de tomar nuevo estado. Sobremanera cuando se trata de unirse a tan excelso cónyuge...

MADAMITA.— (*Con voz cada vez más triste*)
"Il a un certain áge,
il faut bien l'avouer,
mais il s'agit d'un roi
aussi prudent qu'honnéte
et qui, plein d'experience,
heureuse pourrait te faire.

ROJO.—¡Qué proverbial sabiduría la de esa gran reina que es vuestra señora madre! ¡Y qué gran felicidad en efecto, la que ha venido a proporcionaros el César de ese viejo país de vuestra balada...!

MADAMITA.— (*En el límite de la desolación*)
Et quand ma mére se tut,

aux bords du morne Cher,
de la Seine, de la Loire,
les peupliers bruissaient:
le vent, un aurait dit,
les faisait sangloter...

(GRAN REY *se incorpora y sale del ataud. Llama con voz potente*).

GRAN REY.—¡Maestresala!

(ROJO *abandona precipitadamente a* MADAMITA *y se aproxima a* GRAN REY)

ROJO.—¡Al servicio de Vuestra Majestad Serenísima!

GRAN REY.—¿Habéis consolado debidamente a nuestra pequeña consorte?

ROJO.—Honestamente, Majestad.

GRAN REY.—¡Que nos complace! Se os tendrá presente en las próximas premiaciones. Llamad ahora a nuestro físico.

(ROJO *se aproxima a* BLANCO *y lo conduce hasta* GRAN REY. *Luego se retira, entre genuflexiones y sin dar la espalda, nuevamente hasta las proximidades de* MADAMITA. *Saca de debajo de las enagüillas peines y cepillos y los utiliza para embellecer a* MADAMITA. *Esta, entretanto, también peina y cepilla al perrito del cojín que mantiene en su regazo.* PEQUEÑO REY *se pasea próximo a* BLANCO *y a* GRAN REY *pero sin intervenir en la escena entre ambos*)

¿Cómo encuentra nuestro pobre cuerpo el docto encargado de restaurarlo?

BLANCO.—El aspecto de vuestra majestad es absolutamente espléndido.

GRAN REY.—¿Tal te parece...?

BLANCO.—Así es, Majestad.

GRAN REY.— (*Tras un tiempo de meditación*) Tuvimos, con todo, pesadillas...

BLANCO.—¿Cómo decís, mi Señor?

GRAN REY.—Que ese admirable aspecto con que me ven tus ojos tal vez sea hijo de un buen deseo. Tan sólo éso. A no ser que provenga de alguna torcida lisonja...

BLANCO.—¿Cómo podeis suponer semejante cosa, Majestad? Conservais la potencia de un león y vuestro semblante lo trasluce.

GRAN REY.—Sin embargo, nuestro servicio no contribuye a ello. ¡No estamos bien servidos! ¡En verdad que no lo estamos!

BLANCO.—Señor: mis pocos saberes quedan todos rendidos a vuestro único beneficio.

GRAN REY.— (*Meditabundo*)
Tuvimos pesadillas que martirizaron nuestra carne... Lúbricas criaturas invadieron nuestro lecho y nos incitaron a las más procaces cohabitaciones. Todas las disciplinas a punto estuvieron de derrumbarse ante las contumancias de tales íncubos. Apenas si pudimos evitar que nuestros humores se derramaran en los asquerosos agujeros de aquellas sombras... ¿Qué tiene que decirnos tu ciencia de tan vergonzosos atentados?

BLANCO.—Ciertamente, Señor, que la ciencia no tiene respuesta para ello. Habría que buscarla en otros ámbitos.

GRAN REY.—¿Qué pretendes insinuar?

BLANCO.—Alguien, por artes que nada tienen que ver con la recta razón, intenta dañar a Vuestra Majestad en su núcleo más íntimo.

GRAN REY.—¿Hechiceros?

BLANCO.—¿Y qué otras gentes podrían venir enredadas en ello?

GRAN REY.—¡No estamos bien servidos, te lo repito! Pero, ¡cuerpo de un perro!, si no consigo descubrir a esos malditos brujos...

(*Agarra a* BLANCO *por el cuello*)

¡Y tú me ayudarás a conseguirlo o echaré tus hígados al foso de los perros! ¡Vaya si lo haré!

BLANCO.—No habrá necesidad de ello. Pondré mi vida en destapar a los enemigos de Vuestra Majestad.

GRAN REY.—¡Hazlo, mediquejo, hazlo...! ¡Ya puedes ir exprimiendo tus sesos de escudriñamuertos o te juro que acabas con tus huesos en la picota!

BLANCO.— (*Después de ser soltado*)

La dieta que hemos preconizado a Vuestra Majestad es, sin duda, la más apropiada para perseverar en la castidad que os habeis impuesto. Sin embargo...

GRAN REY.—¿Te atreves a insinuar que nos extralimitamos en la mesa? ¿Que nos entregamos a los excesos de la gula?

BLANCO.—No, Majestad. ¡Jamás me lo permitiría! Vuestra moderación es proverbial en todos los órdenes y aspectos. No obstante sucede que, en efecto, Vuestra Majestad no está bien servida.

GRAN REY.—¡Habla de una repodrida vez o te sigo apretando el gaznate hasta que dejes de resollar!

BLANCO.—Apelo al Divino Juez sobre la pertinencia de la dieta ...Pero en las cocinas alguien debe de poner en vuestras colaciones determinados filtros que os mantienen en pecaminosa excitación. Cantáridas, quizás...

GRAN REY.—¿Cantáridas, dices?

BLANCO.—O, tal vez, cuerno rallado del lascivo rinoceronte.

GRAN REY.— (*Soltando nuevamente a* BLANCO)

¿Sospechas, entonces, que en las cocinas...?

BLANCO.—¿En qué otras dependencias se podría, con más facilidad, intervenir en el desordenamiento de vuestros íntimos humores?

GRAN REY.— (*Estalla nuevamente*)

¡Cuerpo de un perro si no mando adornar la lonja de palacio con una ristra de cocineros degollados! ¡Así aprenderán a no venderse a esos conspiradores que pretenden levantar mi carne de su sosiego! ¿Y tú sabes por qué quieren forzarme a la fornicación?

BLANCO.—Sin duda que pretenden atentar contra la potencia de la jerarquía. Y, para ello, nada mejor que reblandecer sus médulas...

GRAN REY.—¡Te equivocas, sabidillo, te equivocas...! Los advenedizos de tu clase sólo sois coleccionistas de sapos y de astros. Y pretendeis, con vuestras físicas y retortas, conocer secretos que sólo nos son inspirados a los auténticos señores. Lo que busca la conspiración es que esa pantanosa extranjera que me han metido en el lecho, como una diablesa más, consiga de mi un hijo. Un pobre personaje que un día llegaría a sucederme y cuya híbrida voluntad fácil les sería doblegar a sus torpes intenciones. De ese modo llegarían a convertir este recio reino en una puerca imitación de esa puerca república de donde me trajeron a mi puerca esposa.

BLANCO.—Pero Majestad: ¿Cómo podría heredaros ese producto del ensalmo? La primogenitura ya tiene dueño natural. Y Su Alteza empuña con toda firmeza el eje de su elevada potestad.

GRAN REY.—Te mostraré una cosa, fisiquejo...

(*Va en busca de una arqueta de madera. La abre*)

La dejaron como abandonada sobre el escabel en que reposa esta triste pierna mía...

(*Saca la cabeza sanguinolenta de un perro. Luego un papel que desdobla. Lee*)

"La próxima será rebanada de la pesqueza de cierto príncipe"... Sí, fisicucho, sí... ¡Su muerte! Eso es lo que pretenden esos socavadores de nuestra estirpe: la muerte del único hijo y heredero de

la dinastía. Para sustituirlo con el aborto de esa extranjera... ¡Pero cuerpo de un perro si alcanzan a conseguirlo!

(*Mete la cabeza en la arqueta y la cierra. Luego la deja sobre un cojín, en medio de la escena, donde quedará resaltante. Chilla*)

¡Maestresala!

ROJO.—¿Señor?

GRAN REY.—¿Qué día de la semana nos toca vivirnos?

ROJO.—Un sábado, Majestad.

GRAN REY.—¡Está bien...! ¿Y qué dispone la etiqueta para los sábados?

ROJO. Recogimiento y meditación durante el crepúsculo.

GRAN REY.—¿Y en las horas posteriores?

ROJO.—Recibireis a vuestra señora esposa, la pequeña y gentil Madamita, en vuestra magna alcoba.

GRAN REY.—Substanciareis, de inmediato, una real cédula que modifique el protocolo. Después del recogimiento y de la meditación sabatina pasaremos la noche en la más despojada de las soledades.

ROJO.—Como disponga Su Césarea Gracia.

GRAN REY.—Idos ahora. Procederemos a recogernos en meditación.

(ROJO *se retira, sin dar la espalda, recoge el perrito que atildaba* MADAMITA *y se lo lleva a* PEQUEÑO REY. *Este se acerca rápidamente, con el perrito en brazos, a* MADAMITA. *Durante la escena que sigue* GRAN REY *permanece de rodillas, recogido y meditabundo.* ROJO *y* BLANCO *se mantienen estáticos dando escolta a la arqueta central*)

PEQUEÑO REY.—¡Se os ofende, señora! ¡Se os abandona! ¡Se os hace objeto de la más ingrata de las desatenciones!

MADAMITA.—¿Así entrais, señor, en nuestro retrete? ¿Sin, ni siquiera haceros anunciar?

PEQUEÑO REY.—Y aún añadiría que el menosprecio no se hace tan sólo a una esposa sino a cualquiera que ostente la simple condición de mujer...

MADAMITA.—¡Calmaos, hijo mío! ¿A qué se debe tan singular agitación?

PEQUEÑO REY.—La Corte toda hace murmuración regocijada de ello y vos fingís ignorarlo... ¡Quién tiene la marital obligación de atender a vuestros anhelos más íntimos os desdeña...!

(*Se arrodilla delante de ella*)

¡Y vos, entretanto, desconocéis a quién se dejaría matar por una sola mirada de vuestros ojos esquivos! ¿Es de razón natural que tales cosas sucedan?

MADAMITA.—Sois reiterativo, Alteza. Además, prestando oídos a esas torpes calumnias de cortesanos desocupados, ofendeis el honor, una vez más, de quien os dió el propio ser.

PEQUEÑO REY.—¿Calumnias, decís...? Permitidme que os haga una sola pregunta, mi señora y madre.

MADAMITA.—Tal es el tratamiento que, viniendo de vuestra persona, me cuadra. Y al mismo atenderé complacida.

PEQUEÑO REY.—Pues bien, decidme: esa persona que habeis nombrado ¿llegó a veros alguna vez desnudita del todo?

MADAMITA.—¡Un ángel descenderá de las bóvedas y os arrancará esa lengua restallante de impurezas!

PEQUEÑO REY.—¿Ha llegado a contemplar alguna vez ese cuerpecito color melocotón y esas dos fresecillas en los ápices de vuestros...?

MADAMITA.—¡Mais taisez vous! ¡Vos questions sont abominables!

PEQUEÑO REY.— (*Cada vez más fogoso*)

¡Y ese montoncito de hormigas olorosas en la misma comba de tu vientrecito, ha llegado él, ni una sola vez...?

MADAMITA.—¡Si no os callais de inmediato me veré obligada, señor, a rogaros que abandonéis esta estancia!

PEQUEÑO REY.—¡Te amo, prima mía! ¡Te amo, mi reinita, mi niño robada, mi florecilla de río...! ¡Te amo, te amo...! ¡Un pájaro se quema en mis entrañas y sólo mitigaría sus ardores entre los bálsamos de las tuyas, entre tus ovaritos de cierva, frescos como berros de fuente...!

MADAMITA.— (*Puesta en pie*)

¡Retiraos sin más tardanza, Alteza!

PEQUEÑO REY.— (*En pie también, con herida "dignidad"*)

¡Lo haremos, señora! ¡Respetaremos esas virtudes vuestras que os llevan a rechazar un pájaro vivo para quedarse con una culebra muerta! ¡Una culebra muerta y helada por más que cuelgue entre unas ingles sacramentadas! ¡Adiós, madame!

(*Inicia la retirada*)

MADAMITA.—¡Aguardad un momento!

PEQUEÑO REY.—¿Qué nueva llaga pretendeis abrir en mi carne?

(*Se arrodilla de nuevo*)

¡Pero sea bien recibida con tal de poder permanecer, unos instantes, solo sea, a vuestro adorable lado!

MADAMITA.—Unicamente quería pediros que me cediérais a vuestro perrito.

PEQUEÑO REY.—¿Mi perrito?

MADAMITA.—Vuestro perrito, sí...

(PEQUEÑO REY *entrega el perrito, que habrá conservado en sus brazos hasta ahora, a* MADAMITA. *Esta lo coloca en su regazo.* PEQUEÑO REY *se dirige al bicho*)

PEQUEÑO REY.—Feliz tú, bichirrinín, a quien te es concedido reposar en tan inmarcesible regazo...!

MADAMITA.—No recomenceis. Adiós, primo.

(PEQUEÑO REY *se retira a los fondos. Allí comienza a prepararse para la escena siguiente, poniéndose los vestidos de "cueva".* MADAMITA *se dirige al perrito*).

Tenemos muy, pero que muy enfadado a tu amito... ¿Y sabes por qué, bichirrinín?

(*Hace cosquillas al falderucho*)

Porque no le hacemos a él cosquillas como estas...

(*Da besitos en el hociquejo al chiguagüejo*)

Y porque no le damos tiernes besines en el hociquico enfurruñado...

(*Más besitos y cosquillas*)

A lo mejor, si le hiciéramos cosquillitas y le diésemos besitos, podría suceder que, en algún rincón muy secreto, muy secreto, del cuerpo de tu amita empezara a crecer y a crecer un nuevo bichirrinín que le iría poniendo a la amita, poco a poco, redondo el cuerpecito. Y la amita tendría que encargarse unos vestidos anchotes para que no le apretasen el bichirrinín en su conchita secreta...

(*Mete al perrito debajo de su vestido.* ROJO *se aproxima con el marco de un gran espejo.* MADAMITA, *"henchida de bichirrinín", se contornea y finge contemplarse en él*)

Y, un buen día, el bichirrinín malote haría mucho, muchísimo daño a su amita...

(*Da un gran alarido. Retorceduras de parturienta. Se saca el perrito de debajo del vestido*)

Pero su amita se lo perdonaría todo a su pequeño principito. Y toda la gente del reino andaría muy, pero que muy contenta. Y se mandaría disparar cientos de cañonazos que vendrían a rajar los cielos en honor del rey nuevito. Y el rey nuevito tendría los mismos ojuelos pícaros que el enfurruñado amito que acaba de salir...

(*Mece al perrito entre el ruido de los cañonazos, al fondo. Canta una nana*)

Ea la ea, ea,
ea la ea...
Los ojos de mi príncipe
son como estrellas.
Como estrellitas,
como luceros,
y tiene un pajarito
todito nuevo.
Todito hecho ascuas
y de candelas
y no del hielo frío
de las culebras...
Ea la ea, ea,
ea la ea...

(GRAN REY, *siempre de hinojos, grita*)

GRAN REY.—¡Maestresala!

(*Se acerca* BLANCO)

BLANCO.—¿Señor?

GRAN REY.—¿A qué se deben tales estampidos? ¿Ha estallado algún enfadoso motín?

BLANCO.—En absoluto, Majestad. Se trata de sonidos de fondo. Pura cohetería teatral. Vuestro buen pueblo se regocija con las músicas sustituyentes y con su sana imaginación, mi señor...

GRAN REY.—Y mi buena reina, nuestra señora, ¿qué se hace?

BLANCO.—Se ocupa, honestamente, en continuaros. Con la ambigüedad, también, que cumple a estas horas ambiguas.

GRAN REY.—Bien está ello... ¿Queda mucho de ocaso?

BLANCO.—La noche ya se cuaja, señor.

GRAN REY.—Que estos serenos instantes sean ocasión para que se llegue nuestro consejero espiritual. Id a buscarlo, maestresala.

(BLANCO *acude a buscar a* ROJO *y lo lleva del brazo —repitiéndose, aunque con los personajes invertidos, la escena anterior— junto a* GRAN REY. BLANCO, *con la habitual ceremonia, se retira.* GRAN REY *y* ROJO *se sientan en sendas sillitas de tiras de cuero viejo, que habrán desplegado. Durante la escena que sigue* MADAMITA *continúa acunando a su perrito y tarareando su nana*)

GRAN REY.—¿Cómo encuerta nuestra pobre ánima el venerable encargado de custodiarla?

ROJO.—Del severo semblante de Vuestra Majestad caben colegir graves inquietudes.

GRAN REY.—Vuestra pericia en escrutar los espíritus consiguió adivinarlo. ¿Pero sabeis, reverendo padre, el origen de tales turbaciones?

ROJO.—Siento confesaros que no, Majestad. Con todo, el Altísimo me ha puesto a vuestro lado para confortaros. Abridme vuestro augusto pecho.

GRAN REY.— (*Con voz tenue*)
Mi descendencia...

ROJO.—Os ruego que lo repitais, Majestad, no creo haberos entendido.

GRAN REY.—*Se trata* de ese ser que, sin duda por nuestros muchos pecados, vino a brotar, por severa voluntad del Señor, de mi juvenil semilla.

ROJO.—¿He de entender que os estáis refiriendo a Su Alteza Serenísima?

GRAN REY.—A Su Serenísima Alteza me refiero. ¿A quién si no? Para nuestra profunda desgracia no conseguimos otros vástagos.

ROJO.—Perdonadme, señor, si la sorpresa pone un punto de suspenso en mu lengua. Jamás pude sospechar que ese modelo de príncipes pudiera ser motivo de vuestras tribulaciones.

GRAN REY.— (*Sombrío y como ausente*)

Volaban pájaros negros...

ROJO.—¿Cómo decís, Majestad?

GRAN REY.—Volaban pájaros negros alrededor del alcázar. Una parda niebla mordía los vidrios de la estancia en la que aquella pobre santa, que Dios haya en su Santo Seno.

(*Se persigna*)

...en la que aquella pobre santa lo hizo venir al mundo. No era día ni noche, sino cuajarones de tiempo repletos de incertidumbre. Y, con los primeros vagidos de aquel gusarapo, vinieron a mezclarse los graznidos de las agoreras cornejas...

ROJO.—¿Hebéis llegado, entonces, a pensar que algún signo adverso cubría aquel acontecimiento?

GRAN REY.—¿Cómo llegar a otras conclusiones? Examinad tan sólo, lo que, pasados los años, ha venido a resultar aquel escocido aborto...

(*Pasea agitado*)

Las cuatro de la mañana ya han sonado en los relojes de las torres cuando regreso a palacio... ¿Y queréis que os descubra dónde transcurren sus turbias horas? ¡Lo haré, por mucho que me desgarre las entrañas el destapar tanta vergüenza! Permanece hasta cerca del alba en ese figón de junto al río. Revolcándose, entre músicas y humos, con toda lacha de hampones y conspiradores que tienen su mal asiento en esa cueva, en ese nido de puercos...

ROJO.—Graves, en efecto, parecen esos hechos que os habéis dignado exponerme. Gravísimos, me atrevería a decir.

GRAN REY.—Abundamos en la severidad de vuestro juicio. Y esperamos que vuestra paternidad nos aconseje al efecto.

ROJO.—Una idea acude a nuestra mente antes que cualesquiera otras: la corona debe ser preservada de cuanto pueda empañar su clarísima naturaleza.

GRAN REY.—Convenimos también en ello. Continuad.

ROJO.—Aspero puede resultar en verdad, para el corazón de un padre lo que el deber de mi ministerio me fuerza a expresar.

GRAN REY.—Habláis al Rey, no al padre. Y no temáis que vuestras palabras pueden ser un hierro que saje este corazón de pecador.

ROJO.—Entonces os lo diré sin más ambages. Apartad al príncipe de la sucesión. Privadle del futuro beneficio de la corona.

GRAN REY.—Tal cosa, reverendo padre, está por encima, de mis reales prerrogativas. Más allá de la voluntad del propio césar. Desde el infausto momento en que nació tal alimañeja ya traía enquistada la corona en sus sienes. Y el derecho a reinar lo conservará de por vida.

ROJO.— (*Torvo*)
Vos mismo, Señor, lo habéis expresado: "De por vida..."

GRAN REY.— (*"Teatralmente" horrorizado*)
¿Qué terrible idea pretendéis sembrar en mi ánimo?

ROJO.—El que ha de empuñar el cetro del Imperio ha de ser como un claro espejo en el que el Imperio todo pueda contemplarse. Cuando la herrumbre o cualquier otro corrompimiento hayan llegado a entenebrecer su claridad sólo cabe quebrar el espejo...

GRAN REY.—¡Dejaos de metáforas para enmascarar lo horrible de vuestro pensamiento! ¿Pretendéis decir que el príncipe debe morir?

ROJO.—Perdonad nuestra crudeza, pero tal es nuestro leal consejo.

GRAN REY.—¿Está bien, viejo bellaco! ¡Puesto que has arrojado tu disfraz yo también descubriré mis fondos quebradizos! La muerte de ese ser es el pensamiento que viene, una y otra vez, a golpear los recovecos de mi conciencia...

(*Pasea*)

Tan sólo era una amasajillo de carne, oliendo todo a leche de mujer, cuando yo, violando la etiqueta, me lo hacía llevar a mi gran lecho para sentir cómo pataleaba junto a mí, hasta quedarse dormido...

(*Mímica de mecer, muy despaciosamente a un niño. Se oye más distintamente la nana que* MADAMITA *canta al perrucho*)

¡Y el pensamiento reptaba y reptaba...!

(*Como dirigiéndose a una hipotética criaturita*)

Cuando yo ya no sea, tú serás. Cuando me roan los ciegos gusanos, tú te refocilarás entre los brazos de cualquier meretriz. Cuando yo ya no aliente, tú mandarás... Y, sin embargo, bastaría una leve presión sobre este cuello frágil como una yerbita, y la cosa dejaría de suceder...

(*Abandona la mímica del acunado*)

Y, más tarde, en las noches de banquete, cuando lo veo depositar su impúdico hálito, su ardiente soplo de salamandra, en los mismos oídos de la reina, pienso que unos simples polvos en su cosa serían bastantes a cortar, para siempre jamás, el bochornoso espectáculo...

ROJO.—¿Entonces, Majestad...?

GRAN REY.— (*Cada vez más "sesperiano"*)

¿Y qué haría yo con un reino que circunda el orbe todo, pero vacío de continuidad? ¿Qué haría yo con un imperio en donde no se pone el sol, pero vacío de sustancia dinástica? ¿No has oído hablar tú, sucio cabrón, del "horror vacui", del horror al vacío... Después de que aquella mocosa que me trajeron de no sé qué país de títeres, de aquella muñequeja que pago con su vida el expulsar por su vagina de juguete tal engendro, después de aquélla, otros cuatro vientres coronados vinieron a frecuentar mi tálamo... ¡Sin resultado! Mi virilidad se estrelló contra aquella le-

tanía de matrices enjutas que, ¡gracias a los cielos!, ya se encuentran sepultas en el elemento que les era propio: ¡la tierra reseca...! ¡Sí,sí,sí...! ¡El vacío me sitia!

ROJO.— (*Cada vez más siniestro*)

Sin embargo, Mi Graciosa y Altísima Majestad, Mi Serenísimo Señor, que Dios, con su Magnanimidad, guarde, sin embargo, decía, si aquellos vientres, en vez de estériles, os hubieran dado un montón de críos capaz de abarrotar vuestro célebre vacío, ¿acaso no hubiéseis sentido también la quemazón de hacéroslos llevar hasta vuestro gran lecho, mecerlos un tiempito y troncharles los cuellines? ¿No resultaría más pegado a la verdad, mi nobilísimo César, el confesar que las pretensiones de Vuestra Majestad consistían en acabar con todos los herederos habidos y por haber? ¡En agarrarte, como una garrapata, a la teta del poder de la que ninguno de tus hijos pudiera arrancarte!

GRAN REY.—¡Déjate de análisis sobre los misterios de la potestad que exceden, con mucho, a tu competencia!

ROJO.—Entonces he de confesar a Vuestra Gracia, con toda humildad, que no comprendo lo que pretende de este servidor vuestro.

GRAN REY.—¡Apea los tratamientos de una remaldita vez! Ya no llevamos los ropajes del Rey y de su consejero espiritual. Sólo somos dos sucios compinches chapoteando desnudos en el mismo lodazal de iniquidades. Lo que necesito ahora es dejar preñada a esa nueva perra que me han traído, por razón de Estado, dicen, entre las sábanas. ¿Comprendes ahora, rata de cripta?

ROJO.—Sí que sí... Ya empezamos a comprender; rascada la liturgia aparece el gusano. A lo que se colige, lo único que, en verdad, parece haberse quebrado en todo este negocio es vuestra herramienta de perpetuaros... Vuestro instrumento de embutir dinastía en el susodicho vacío...

(*Gesto grosero de "embutir" el antebrazo y el puño en el aire*)

GRAN REY.—¡Regocíjate con ello, sacristán de mierda! ¡Regociíjate con mi podrida confesión! ¡Por mucho que extreme sus refinadas artes de puta con alcurnia!, ¡lo concedo, eí!, sólo soy un carámbano delante de las patas abiertas de esas "petite dame", de esa "fleur de lis"... Unicamente un hielo... ¡Pero he de conseguir que vomite entre tales patas a un sustituto de ese príncipe corrompido, de esa pestilente alteza, aunque tenga que recurrir para ello a tus infernales maleficios de brujo!

ROJO.—¿Y si devolvemos la perdida potencia a Vuestra Majestad?

GRAN REY.— (*Vuelve a su untosidad primitiva*)
Podréis aspirar a la primera abadía vacante. Os damos nuestra real palabra.

ROJO.—¡Allá tú con tu comedia! Saca, por lo pronto, el sello secreto.

(ROJO *saca un papel y un estilete.* GRAN REY *un sello de su estuche.* ROJO *rasga la manga de* GRAN REY *y hace brotar la sangre de su brazo. Moja el sello en la sangre y estampa la impronta en el papel. Contempla el resultado*)

¡Bella estampa la de la zarza invertida con todas las raíces enrojecidas de la sangrienta pringue real!

GRAN REY.—¡Déjate de prolegómenos! ¡La fórmula, la fórmula...!

ROJO.—Calma tu impaciencia, monito.

(*A los* COMPARSAS)

El bichejo: apórtesemele.

(*Dos* COMPARSAS *se acercan con una jaula conteniendo un perrito.* ROJO *se dirige al animal mientras lo saca de su encierro*)

Remotos se te habrían puesto los culitos de perra entre estos barrotes, ¿eh, caballerete? Gordas has de

tener las ansias de debajo del brazo con tanta continencia... Pero puedes dar bien empleadas tus tantas privaciones... El juguillo de tus bolitas no tendrán la vulgar servidumbre de engendrar otros animales de tu especie... ¡Dedicado será a otros menesteres más sublimes!

(*A* GRAN REY)

Beberás su sangre y masticarás los dos testículos recién estirpados de sus vainas. Pero únicamente cuando queden pronunciados los sortilegios que conduzcan al feliz resultado.

(*Traza un círculo en el suelo. Sobre su diámetro papelea al frente de la escena, coloca a los dos comparsas con una sábana tendida a manera de pantalón o telón.* ROJO *efectúa una sarcástica reverencia a* GRAN REY)

Dignaos pasar al centro de la zona mágica, Majestad. Detrás de los sagrados acólitos...

(GRAN REY *pasa detrás de la sábana blanca. La letanía que sigue será salmodiada con soniquete litúrgico*)

Torre desmoronada.

LAS DOS COMPARSAS.—Yérguete.

(*A coro*)

ROJO.—Arcilla descompuesta.
CORO.—Yérguete.
ROJO.—Tubo desolado.
CORO.—Yérguete.
ROJO.—Bulbo flácido.
CORO.—Yérguete.
ROJO.—Encina huera.
CORO.—Yérguete.
ROJO.—Caña sin jugo
CORO.—Yérguete.
ROJO.—Tallo corroído
CORO.—Yérguete.

ROJO.—Gajo gélido.
CORO.—Yérguete.
ROJO.—Golondrino sin huesos.
CORO.—Yérguete.
ROJO.—Pez destripado.
CORO.—Yérguete.
ROJO.—Barro sil hálito.
CORO.—Yérguete.
ROJO.— (*Tendiendo el estilete por encima de la sábana a* GRAN REY)
¡Adelante, Sire!
(*Se escucha el aullido agónico de un perro castrado en vivo. La sábana es salpicada por unas grandes manchas rojas*)
ROJO.—Telum imbelle sine ictu.
CORO.—Yérguete.
GRAN REY.— (*Con un gran grito*)
¡Erguido está!
(*Los dos* COMPARSAS *abaten la sábana. Aparece* GRAN REY *con la boca chorreante de sangre y la negra ropilla manchada de rojo. Avanza con la cabeza del perro en una mano y el resto del cuerpo en la otra*)
¡Maestresala!
(*Avanza* BLANCO)
BLANCO.—¿Señor?
GRAN REY.—Poned en inmediato conocimiento de la reina, nuestra señora, que, con arreglo al prtocolo sabatino, será recibida en nuestros aposentos. Y que se prepare en consonancia.
BLANCO.—Como ordene Su Gracia.
GRAN REY.—Y haced llegar este despojo a las cocinas. Dará buen caldo y, ciertamente, que habremos gran menester de algo que tonifique nuestras fuerzas tras la hervorosa noche que se despliega ante nos...
BLANCO.—Como ordene Su Gracia.

GRAN REY.—En cuanto a las dueñas de antecámara, que no se tarden demasiado en el apresto de la reina, nuestra señora. Estamos ardidos de impaciencias.

BLANCO.—Como ordene Su Gracia.

(*Los dos* COMPARSAS *se retiran al fondo después de recoger el cuerpo del perro muerto y el que, vivo, ha estado acunando* MADAMITA. ROJO *y* BLANCO *cogen de la percha vestido de noche para* MADAMITA. *Fingiendo voces femeninas y chillones rodean a* MADAMITA *con grandes aspavientos mientras la peinan, perfuman y acicalan. Luego la desnudan y le ponen los citados vestidos.* GRAN REY, *durante la escena que sigue, se coloca también ropas apropiadas para la noche, una gran bata negra guateada, por ejemplo*)

ROJO.—¡Albricias, mi señora!

BLANCO.—¡Nuestra gentil amita está de norabuena!

ROJO.—¡Ay, y quién tuviera sus verdes años!

BLANCO.—¡Y galanes tan floridos que así se preocupasen de una!

MADAMITA.—¿A qué tanto alboroto, mis buenas dueñas?

BLANCO.—Acontece que acontecen acontecimientos que nunca dejan de acontecer.

ROJO.—Y que existe cierto existente caballerito que sólo existe para vos.

BLANCO.—En lo preclaro del linaje no le atajara ni el mismo Constantino.

ROJO.—En lo esforzado con las armas, ni el propio Alejandro.

BLANCO.—En enhebrar los madrigales, ni el excelso Petrarca.

ROJO.—En perfumar los billetes amorosos, ni el mágico Paracelso.

MADAMITA.—Traed acá ese recado y dejaos de dorar las

prendas de vuestro cliente. No cuadra a vuestra encomienda tamañas indiscreciones.

BLANCO.—¿Un recado...? ¿A qué se refiere vuestra gentileza?

ROJO.—¿Qué queréis significar con lo de "vuestra encomienda"?

MADAMITA.—Ese cumplido caballero, de tan abultadísimos merecimientos, habrá unido, me supongo, a la bolsa para pagar vuestros oficios de alcahuetas, un "discreto" recado... Son las normas...

ROJO.— (*Dignísimo/a*)
Sin duda que existe un enojoso equívoco que confunde a vuestra gentileza.

MADAMITA.—¿De modo y manera que el príncipe no llegó a entregaros...

BLANCO.— (*Igualmente digno/a*)
¡Señora...! ¡Ninguna clase de intriga nos une a Su Alteza! ¡El cumplido caballero a quien nos referimos no es otro que vuestro real esposo!

ROJO.—Y la única encomienda de que somos portadores es la de prepararos para ser recibida en su augusta alcoba...

MADAMITA.—Sacré pays, celui ci...! Capaz de convertir sus antiguas madres Celestinas en honorables damas dignas... ¡Estamos, pues de acuerdo, ilustres damas! Podéis acabar de adobarme para ser inundada de las semanales nupcias...

(ROJO *y* BLANCO *terminan de "adobarla" con un traje de mucha "picardía" nocturna.* GRAN REY *se dirige a la arqueta sigilosamente llevando la cabeza del perro decapitado y guardándola en su interior. Saca un papel y escribe al tiempo que deletrea lo escrito*)

GRAN REY.—LA PROXIMA SEMANA SERA REBAÑADA DE LA PESCUEZA DE CIERTO PRINCIPE...

(*Pliega el papel y lo guarda en la arqueta en*

compañía de la cabeza del perro. Se inicia la escena siguiente. Cuatro COMPARSAS *se colocan en el centro de la escena formando las cuatro "columnas" del lecho real. Sostienen un dosel extendido sobre ellos. Los otros dos* COMPARSAS *tocan y cantan una canción desolada, preferiblemente sacada de la música medieval francesa.* ROJO *conduce con gran ceremonia a* GRAN REY *hasta dejarlo bajo el dosel.* BLANCO *a* MADAMITA. *La actriz se acuesta en el suelo.* GRAN REY *manipula un historiado reloj que le habrá aproximado* BLANCO *o* ROJO)

GRAN REY.—Nos tememos que nuestro servicio no nos mantiene oportunos los relojes de alcoba.

MADAMITA.—El de la chimenea adelanta, Majestad. El de la cónsola, retrasa...

GRAN REY.—¿Qué tiene entonces de particular el que lleguemos tarde a los Consejos? No estamos bien servidos, señora. Ciertamente que no lo estamos.

MADAMITA.—Azotad a los relojeros, Majestad. Eso siempre alecciona.

(*Se oyen ruidos de viento entremezclados con la música desgarrada*)

GRAN REY.—¿Ois esos gruñidos?

MADAMITA.—Son vientos, Majestad.

GRAN REY.—Ya tenemos las escarchas encima. Suponemos que habréis ordenado desempolvar los tapices de invierno.

MADAMITA.—Todo se encuentra debidamente abrigado, Majestad. Desde el salón del trono a las letrinas.

GRAN REY.—¿Qué sería, ¡ay!, de nosotros sin este ángel hogareño a nuestro lado?

MADAMITA.—Todas las grandes casas necesitan de los servicios de un ángel. Eso siempre recubre.

GRAN REY.— (*Se quita la gran bata guateada*) ¿Qué habéis dispuesto para el desayuno?

MADAMITA.—Chocolates y mojiconcitos, Majestad.

GRAN REY.— (*Se quita la ropilla, observa la mancha de sangre*)

¡Qué gran desaliñado tenéis por esposo...! Nos hemos manchado de nuevo la ropilla. ¿De qué será esta vez?

MADAMITA.—De sangre, como siempre, Majestad.

GRAN REY.— (*Se acuesta junto a* MADAMITA)

Hasta mañana, entonces, cielo mío.

MADAMITA.—Hasta mañana, Majestad.

(*Parmenen un rato en silencio. La música y el viento acentúan su desolación.* GRAN REY *habla medio dormido*)

GRAN REY.—Mejor sería invertir en lanas que no en esos inseguros telares...

MADAMITA.— (*Voz lentísima, pero ronca de oído*)

Advierto a Vuestra Majestad que los calendarios le son hoy propicios. Mis reglas, favorables. Propiciamientos existen de dejarme preñada.

GRAN REY.— (*Medio dormido*)

¿Cómo decías, Manzanita?

MADAMITA.—Que mañana tendrás dispuesto para el desayuno tus corazones de perro... Aderezados con cenizas.

GRAN REY.— (*Casi dormido del todo*)

Aunque, bien pensado, los telares...

(*Se duerme. Pasa un tiempo. Los* COMPARSAS *"deshacen" el lecho real. Se dirigen hacia el fondo para preparar la escena siguiente. Se colocan atuendos estrambóticos e imaginativos: túnicas, collares, melenas postizas, camisetas con anuncios en inglés, abrigos de pieles, vestidos "belle epoque", viejos uniformes militares, etcétera... Unos se visten de hombre, otros de mujer con indiferencia de su propio sexo. Suenan, lentas, doce campanadas de gran resonan-*

cia. BLANCO, *vestido con una gran capa negra que le llega hasta los pies se acerca a* PEQUEÑO REY *ya vestido con indumentaria parecida a la descrita.* ROJO, *a* MADAMITA, *todavía tumbada. La toca sigilosamente en el hombro. Escenas simultáneas*)

BLANCO.—Las doce, Alteza.

ROJO.—¡Señora! ¡Eh, señora, levantaos...!

PEQUEÑO REY.—¿Qué antifaz me recomiendas esta noche?

MADAMITA.—¿Es ya la hora?

BLANCO.—Ninguno, mi Príncipe. Las gentes de la cueva adoran la autenticidad. El desnudo es la máscara que prefieren.

ROJO.—Las doce justas. Tiempo de metamorfosis. Preparaos a vivir.

PEQUEÑO REY.— (*Se pone una última prenda que nada tiene que ver con una bufanda rosa*)

Y esta bufanda rosa, ¿crees que me irá? ¿No me hará un poco demasiado pálido?

(MADAMITA *se levanta con gran sigilo como para no despertar a* GRAN REY. ROJO *comienza a embadurnarle el rostro con betún y a ponerle una crespa peluca negra. Luego la viste con una amplísima funda en donde caben ochenta como ella*)

BLANCO.—¡Nada de tal! Un detalle de lividez palaciega os hará conservar vuestra antigua belleza en las horas de algarabía...

ROJO.—¡Ya eres Zizy, la perdida entre las viscosidades de la noche!

PEQUEÑO REY.—¡En marcha, pues, mi buen camarada de redentoras sombras!

MADAMITA/ZIZY.—¡En marcha, pues, mi buena nodriza! ¡Basuras y libertades nos asistan!

(*La luz se hace humo y el humo luces. Todo oscilante y magnífico. Se pasea un* COMPARSA

con una enseña en la que aparece el nombre cambiante de la "caverna". Tan pronto LA CAVERNA ROJO *como* THE RED DRUM, LOS ANGELES DEL HUMO, EL HIPOPOTAMO HIPODERMICO, *etc. Música rollinstoniana o de los Who... Humos, agujas y peces por el aire.* COMPARSA SAXO *y* COMPARSA-BATERIA, *todo rutilante, restallando de sonoridad rock y de multiforme putrefacción.*

GRAN REY, *dormido en el centro, impone su ausencia/presencia con una luz fría e intensa sobre él.*

Entran PEQUEÑO REY *y* BLANCO *en el figurado recinto*)

PEQUEÑO REY.—¡Bup! ¡Bup! ¡Bup!... ¡Salud a todos, hermanos!

TODOS.—¡Hello, Ti Prans!
¡Salud, Principito!
¡Bienvenido, hermanito!
¿Qué sucede allá arriba, muchacho?

UN COMPARSA.—¡Un cigarrillo especial para el pequeño príncipe, descendedor a los rutilantes infiernos!

BLANCO.— ("*Enternecido*")
¡Los viejos y entrañables compinches...!

PEQUEÑO REY.—¡Está bien, muchachos! ¡Anegadme en estanques de alcoholes! ¡Hundidme en lagos de músicas! ¡Abrasadme de luces! ¡Asfixiadme con humos! ¿Qué es esto, una caverna o un camposanto?
(*Se acentúan músicas, luces y humos*)
¡Huelo en el aire no sé qué de especial! ¡Desgarrad de una vez el manto sagrado! ¡Rajad la sorpresa!

(*Irrumpe de un salto en el recinto* MADAMITA/ZIZY. *Abierta inmensamente de brazos y de piernas queda un instante oferida en la entrada.*

ROJO *hace tremolar la gran funda detrás de ella*)

M/Z.—¡Bup! ¡Bup! ¡Bup!... ¡Salud a todos, hermanos!

ROJO.—¿Quién ha entrado, muchachos?

TODOS.—Zizy-la-pul.
Nuestra Zizy.
Zizy-zizucha.
Zizy-la-patas.
Zizy-putita.
Zizy!
Zizyyyy!!
Zizyyyyyyy!!!

ROJO.—¡Describidme a Zizy, muchachos!
Zizy es un putoncillo de cuatro noventa y cinco.

TODOS.— (*Cantando la canción de "Zizy"*)
Zizy es un pellejo negro y demolido.
Zizy es el más extinguido de los murcielagatos.

UNO.—Una cucaracha entre cubos de basura.

OTRO.—Una raspa de arenque.

OTRO.—Un conejo tiñoso.

TODOS.—Pero leidi-zizy,
leidi bichejo,
leidi pingajo,
leidi despojo,
trae entre sus huesos de vencida,

UNO.—entre sus muslos de astilla

OTRO.—entre sus pechos de hojalata

OTRO.—entre sus ingles de estropajo

TODOS.— (*Muy fuerte*)
¡¡EL VINO Y EL AZUCAR DE LA VIDA!!

ROJO.—De acuerdo, amigos. Tal es leidi-zizy.
(*Alguien aperrea un piano o finge hacerlo. Coge* M/Z *un micrófono —o, también, finge hacerlo— y canta con voz encanallada y caliente.*

Agita el pecho y las caderas muy golfamente detrás de cada estrofa)

M/Z.—No hay que esperar la cola,
ni hay que pagar la entrada
es cosa bien sencilla
el zamparse de patas
en el culín de leidi.

Leidi-zizy,
leidi quitangustias,
leidi levantapenas,
leidi calentadora
de derrotas.

Entras en la cueva,
descubres tus desdichas
y zizy te recoge
debajo de su funda
mágica y calentita...

Leidi-zizy,
leidi quitangustias,
leidi levantapenas,
leidi calentadora
de derrotas.

ROJO.— (*A uno de los* COMPARSAS *que se ha adelantado*)
¿Tienes tú alguna derrota que calentar? ¿Te pone, acaso, los cuernines tu costilla gentil?

COMPARSA.—¡Síií!

ROJO.—¡Zambúllete en el santuario de Zizy!
(EL COMPARSA *penetra debajo de la funda de* M/Z. *Música y agitación debajo de la "gran carpa"*)

ROJO.— (*A otro* COMPARSA)

¿Te atiza a diario tu marido, el impenitente borrachín?

COMPARSA.—¡Síííííí!

ROJO.—¡Al sótano sublimador! ¡Al sotanillo de Zizy!

(*El segundo* COMPARSA *es deglutido por el camisón leidizizesco. Otro se acerca cojeando. Lleva un traje de cualquier color, menos rojo*)

¿Quieres tú que se te adivine el lindo porvenir?

COMPARSA.—¡Síííííí!

ROJO.—Dinos, Zizy: ¿quién se ha parado delante de tu carricoche nigromántico?

M/Z.— (*Con soniquete de pitonisa de feria*)

Delante del carro de una servidora
llegó un caballero falto de señora.

ROJO.—Y, aparte de su triste soledad, ¿qué parece tener de particular el tal caballerete?

M/Z.—El caballero viste traje rojo
y parece andar un tanto cojo...

ROJO.—¿Y de qué pata cojea el interfecto?

M/Z.—De la pata que cojea el pobrecito
es de la que se llama pata-pito.

ROJO.—¿Puede aclararnos nuestra distinguida maga a qué se debe tan amarga invalidez?

M/Z.—A que la susodicha pito-pata
hace un sinfín que no lo cata.

ROJO.—¿Y ves algún remedio para el cuitado en tu cristalina bola?

M/Z.—Puede meter el pito pijotero
en mi dulce y celestial "aujero",
recomincipiar la vieja danza
de los bajerizos de la panza,
con lo que la pata que no pita
veremos cómo canta y grita
y al pito que andaba tan pachucho
lozano salir del arrechucho...

(*Agita la funda*)

ROJO.—¡Nuestra sibila te ha indicado el camino a seguir! ... ¡Al dulce y celestial tarrito! ¡Al tarrito de Zizy! ...

(*El tercer* COMPARSA *se mete debajo de la funda-camisón. Se acerca* PEQUEÑO REY)

ROJO.—Y, ahora, Zizy: ¿tienes la amabilidad de explicarnos quién busca tus servicios?

M/Z.—Un joven se coló en escena
con cara de tener muy gorda pena.

ROJ.—¿Y en qué pueden consistir las congojas del muchacho?

M/Z.—En que por palacio existe cierta madamita
que le esquiva el culito y la tetita.

ROJO.—¡Triste caso éste...! ¿Y a qué razones se acoge la tal damisela para seguir tan arisco comportamiento?

M/Z.—Se acoge a que no es humo de paja
al ajeno al esposo dar la raja
y a que, si el enjuague es con el hijo,
empuja hasta el incesto el revoltijo.

ROJO.— (*A* PEQUEÑO REY)
¿Es cierto cuanto nos tiene explicado nuestra ilustre zahorí?

PEQUEÑO REY.—¡Síiiiiii!

ROJO.—¡Pobre principito, ayuno de culín...! ¡Pero todo tiene arreglo con mademuasel Zizy!

PEQUEÑO REY.—¿Y qué tengo que hacer?

ROJO.— (*Imitando la voz que hasta ahora ha empleado* M/Z)
La solución es que el teatro me frecuentes
cuando descojonado tú te encuentres:
entras en la barraca de ilusiones
y del héroe te plantas los cojones...

(*Con su voz habitual*)
¡Adelante, adelante...! ¡Entrad en la barraca, subid al teatrejo...!

(PEQUEÑO REY *se aproxiba a* M/Z)

PEQUEÑO REY.—¡Hola, flerdelis!

M/Z.—¡Hola, petit prince!

BLANCO.— (*Adelantándose también*)

¡Un momento, un momento...! Antes que al galán y que a la damita joven debe darse entrada al actor de carácter. Además yo vengo en los carteles con letras más gordas...

(*A un* COMPARSA *que intenta ponerle sobre los hombros un colgajo de arpillera*)

¡Apresúrate, lerdo! ¡Van a levantar el telón y nos van a pillar en puritas bragas!

(*Un tiempo "esperando que se alce el telón". Mímica de seguir el tal "alzado" siguiéndolo con la vista. Luego, "sesperiano",* al COMPARSA)

Give me my robe, put on my crown; I have inmortals longins in me...

(*El* COMPARSA *le pone el "manto" sobre los hombros. Este se le cae. Repetición del juego*)

ROJO.— (*Caricaturizando la grandilocuencia de* BLANCO)

¡Rodéale de saco! ¡Cíñele la cacerola! ¡Anhelos de no cascarla siente...! Tony y Cleopatra: acto nosécuántos, escena nosécuántas...

(BLANCO *se coloca en línea con* PEQUEÑO REY *y con* M/Z, *el camisón de ésta repleto siempre de* COMPARSAS. *Los restantes actuantes se colocan en semicírculo alrededor de aquéllos, como delante de una barraca de feria*)

BLANCO.—¡Maestresala!

ROJO.—¿Majestad?

BLANCO.—¡Mi manto!

ROJO.—Al punto, Majestad.

(*Quita la arpillera al* COMPARSA *y se la coloca a* BLANCO *sobre los hombros con gran ceremonia*)

BLANCO.—¡Maestresala!

ROJO.—¿Majestad?

BLANCO.—¡Mi corona!

ROJO.—Al punto. Majestad.

(*Planta, sobre las sienes de* BLANCO, *una cacerola que le acerca un* COMPARSA)

BLANCO.—¡Maestresala!

ROJO.—¿Majestad?

BLANCO.—¡Mi compañera de solio!

ROJO.—Al punto, Majestad.

(*Hace dar una vuelta por la escena a* M/Z. *y la lleva de nuevo junto a* BLANCO)

BLANCO.—¡Maestresala!

ROJO.—¿Majestad?

BLANCO.—¡Mi heredero de solio!

ROJO.—Al punto, Majestad.

(*Mismo juego con* PEQUEÑO REY. *Lo coloca al otro lado de* BLANCO)

M/Z.—¡Hola, piojito!

PEQUEÑO REY.—¡Hola, cucaracheja!

BLANCO.—¡Silencio, vosotros...! ¡No interrumpáis la inmarcesible excelsitud de esta escena! ¡Maestresala!

ROJO.—¿Qué, todavía, Majestad?

BLANCO.—Haced resonar los clarines para convocar al pueblo.

(ROJO "*toca un clarinazo*" *a través de un embudo. Luego se pone a "tres patas" —como un perro con una de las delanteras magulladas— y se pone a ladrar*)

ROJO.—Vuestro pueblo os escucha embelesado, Majestad.

BLANCO.—Os hemos hecho reunir a todos para poneros de manifiesto nuestros más íntimos propósitos. Habréis de saber que hemos adoptado la firme decisión de aligerar nuestra ancianidad de todos los cuidados y atenciones que exige nuestra supremacía, la cual queremos confiar a otros sujetos más jóvenes para poder recorrer de esta manera, más aliviados de peso, el camino de la muerte.

ROJO.— (*Siempre a "tres patas"*)

True chronicle of the life and death del ancianito Lear, rey de no sé dónde puñetas. Acto nosécuántos, escena nosécuántas...

BLANCO.—¡Calla tú, chucho!

(*Da una patada a* ROJO *que se aleja aullando lastimeramente y arrastrando la pata "herida"*)

PEQUEÑO REY.—¿Así que hemos de entender, mi amado y bondadoso padre y señor, que abdicáis?

BLANCO.—¡Ni más ni menos! Hemos dividido nuestro reino en tres partes equitativas y todas y cada una de ellas se la hemos entregado a nuestro amado y bondadoso hijo, único y suficiente continuador de nuestro linaje...

M/Z.—¿Y no te has acordado una miaja de tu pichoncito?

BLANCO.— (*Grandes gestos afirmativos*)

En cuanto a nuestra graciosa, gentil, amada y bondadosa compañera y esposa, la reina nuestra señora y compartidora del tálamo, hemos decidido que contraiga nuevas nupcias con el que, de ahora en adelante, deberá apechugar con los sinsabores del Imperio.

M/Z.—¡Gracias, mi señor! ¡Bien vemos que habéis tenido muy en cuenta a la que os calentaba los pies con su bariguita todos los sabáticos sabatinos sábados sabadetes...!

BLANCO.—¡Callad, callad...! No nos hagáis derramar ninguna lágrima en este día de epifanía y gozo. Os decíamos que mi esposa y mi hijo bienamados por nuestro corazón a cual más, unirán sus amorosas ansias en una sola y armoniosa carne. De esta manera se acallarán las lenguas malévolas que nos acusan de reprimir los instintos con que nos dotó natura.

PEQUEÑO REY.—¡Qué sublime entrega de la patria potestad!

M/Z.—¡Qué abnegación de cónyuge misericordioso y consentidor!

ROJO.—¡Viva nuestro amado y bondadoso soberano!

TODOS.— (*Incluso los de debajo del camisón*)
¡Vivaaaaa!

BLANCO.—Pasad, pues, a disfrutar de estas nuestras últimas y voluntariosas disposiciones.

(PEQUEÑO REY *pasa a las interioridades de la funda-camisón. El resto de los* COMPARSAS *hace sonar los instrumentos a su máximo rendimiento.* M/Z. *canta arrastrando su cargamento de bienaventurados internos*)

M/Z.—¿Qué nos ofrece el alado futuro gracias a las bondades de nuestro amado padrecito?

(*Los actores deglutidos por la funda asoman las cabezas por el borde inferior de ésta*)

LA CABEZA DE UN DEGLUTIDO.—¡Amor y violetas!

OTRA.—¡Amor y malvavisco!

OTRA.—¡Amor y libertad!

(M/Z. *y sus "enfundados" cantan la "canción de la libertad"*)

M/Z.—Los lunes saldremos
de nuestras cuevas oscuras
hacia la luz del mundo.

CABEZAS.—¡Mundo color lila!

M/Z.—Los martes nos quitaremos
los disfraces antiguos
y haremos una lumbre con ellos.

CABEZAS.—¡Humo hasta el cielo,
cielo color frambuesa!

M/Z.—Los miércoles colgaremos
a nuestros doce abuelos
delante de palacio.

CABEZAS.—¡Frutos del pasado!
¡Ramas color negra!

M/Z.—Los jueves comeremos
bananas e higos;

bananas las chicas,
higuitos los muchachos.

CABEZAS.—Bananas color carne.
Higuitos color vino.

M/Z.—Los viernes mearemos
los unos frente a otras,
las otras frente a unos
y todo será un mar
de libertades húmedas.

CABEZAS.—Un mar tibio,
un mar color meada.

M/Z.—Las sábados, fatigados de amor,
reposaremos todo el día
sin hacer nada de nada.

CABEZAS.—¡Nada color fatiga!
¡Nada color nada!

M/Z.—Y los domingos de guardar
agradeceremos al Rey,
nuestro Señor,
sus libertades
y munificencias.

CABEZAS.—¡Libertad color señor!
¡Munificencia color mierda!

ROJO.— (*Siempre por los suelos, tirando por los bajos del "manto" de* BLANCO)
¡Señor...! ¿Me oís, mi Señor?

BLANCO.— (*Poniéndose en cuclillas y rascándole la cabeza como si se tratara de un perrazo de castillo con chimenea*)
Te escucho, te escucho...

ROJO.—¿Ha llegado ya mi turno?

BLANCO.—Habla, mi fiel súbdito.

ROJO.—Sólo quisiera que Vuestra Majestad me aclarase una pequeña duda, tal vez impertinente... ¿Tenéis, acaso, dispuesto en vuestro legado espiritual alguna

manda para los humildes perritos de vuestros inmensos dominios?

BLANCO.—¿Por qué habría de ser impertinente tu pregunta? ¿Y cómo se podría llegar a pensar que nos nos olvidáramos de nuestro leal, amado y bondadoso pueblo?

(*Se yergue, más grandilocuente que nunca*)

¡A vosotros cumplirá, bajo este nuevo sol de libertad, ejercer de ahora en adelante, el poder! Nosotros, como es bien sabido, somos fuimos, somos y seremos simples vicarios de vuestra verdadera y potestativa sobeanía...

(*Se quita la perola, la eleva sobre su propia cabeza*)

¡De rodillas, amigo mío, de rodillas!

(*Se pone de rodillas* ROJO)

¡Que vuestras populares sienes sean el firmísimo asiento de esta corona milenaria! ¡Sólo esperamos que la llevaréis con el mismo sacrificio y severa dignidad con que, durante siglos, la portamos nosotros!

(*Corona a* ROJO *de cacerola. Sale* PEQUEÑO REY *de debajo de la funda seguido por los otros "consolados"*)

PEQUEÑO REY.—¡Hola, piojita!

M/Z.—¡Hola, cucarachejo! ¿Satisfecho de los servicios de tu adivinadora?

PEQUEÑO REY.—¿Cómo no? Eres tan excelente puta de noche como honesta dama sois de día.

(*Todos los actores —menos* GRAN REY— *forman ahora un grupo compacto. Hablan a coro*)

CORO DE ACTORES.—Ya terminó el entremés
de la caverna ilusoria,
ya se retorció la historia
como calza del revés,
lo que en el palacio es
reprimido a sangre y hierro

aquí escapó de su encierro
y según teatral ley
dióse abdicación al rey
y coronación al perro.

(*Rebulle* GRAN REY. *Se deshace el grupo rápidamente. Los* COMPARSAS *se apresuran a quitarse sus ropas rebeldes y cuatro de ellos vuelven a hacer de "columnas" del lecho real, sosteniendo el dosel.* MADAMITA *se dedica, con igual prontitud, a quitarse la funda, la peluca y el betún que le cubre el rostro.* PEQUEÑO REY *también se despoja de sus nocturnos disfraces.* BLANCO *y* ROJO, *entretanto, hablan a coro*)

ROJO Y BLANCO (*A coro*).—Mas toda la algarabía
de la noche iluminada
le va cediendo la entrada
a las tinieblas del día:
la mañana negra y fría
se levanta ya despacio,
a su primitivo espacio
se retorna el calcetín,
al teatro se da fin
y se despierta palacio...

(GRAN REY *grita como preso de una pesadilla.* BLANCO *y* ROJO *se dirigen a la percha del fondo y toman unas grandes capas y sombreros de "conspiradores embozados", luego salen al encuentro de* PEQUEÑO REY "*que se dirige a palacio*")

BLANCO.—Señor: tened a bien escucharnos, sólo sea unos instantes.

ROJO.—Servíos concedernos un tiempo antes de reintegraros a vuestros aúlicos deberes.

PEQUEÑO REY.—¿Quiénes sois vosotros? ¿Cómo osais interrumpir mi camino? Jamás os vi en palacio. Tampoco en la taberna.

BLANCO.—Ni al uno ni a la otra pertenecemos. El mundo de los oprimidos permanece ajeno a las dos grandes farsas.

ROJO.—A la de la sórdida corte y a la de sus retoños dorados, rebeldes hoy, cortesanos mañana...

PEQUEÑO REY.—¿Y qué pretende de mí el mundo de los oprimidos?

BLANCO.—En alguien como vos residen nuestras últimas esperanzas. Podríais ser el hombre nuevo que viniese a poner fin no solamente a las imposturas de cada noche sino, también, a lo que es mucho más importante: a las hogueras de la sangre.

ROJO.—¡Poneos al frente de los que padecen humillaciones infinitas...!

PEQUEÑO REY.—Lo que no alcanzo a comprender es cómo se ha pensado en mi persona para tan particular peripecia.

ROJO.—No ignoramos las diferencias que median endian entre vos y el que encarna el odioso despotismo.

PEQUEÑO REY.— (*Después de un largo tiempo de "reflexión"*)

¿Y si yo me aviniese a encabezar esa revuelta de los oprimidos y humillados...?

GRAN REY.— (*Corta la frase con un gran grito*)

¡Maestresala!

(MADAMITA *se apresura a tumbarse junto a* GRAN REY *en medio de los cuatro* COMPARSAS *que ya habrán "formado" el lecho real.* BLANCO *y* ROJO *se despojan rápidamente de sus sombreros y capas y se colocan, firmes, en las proximidades de la "real" pareja.* PEQUEÑO REY *marcha a entretenerse con los perros de los fondos*)

ROJO Y BLANCO (*A coro*).—¿Majestad?

GRAN REY.—¿Qué hora nos toca vivirnos al presente?

BLANCO Y ROJO.—La hora del Gran Consejo, Majestad.

GRAN REY.—Preparadme para acudir a él. Es de nuestra irrenunciable servidumbre el que metamos en derechura los rumbos del Estado...

(*Ladridos de perros en los fondos*)

BLANCO.—Así parece, Majestad. Los perros exteriores ya reclaman vuestro amado orden.

ROJO.—Y bondadoso gobernamiento.

GRAN REY.—Está bien. Pongámonos en marcha.

(*Se levanta.* BLANCO *y* ROJO *colocan sobre sus hombros un gran ropón hecho con pieles de muchos perros mientras, entre los aullidos de los mismos, se hace el oscuro del intermedio*)

SEGUNDA PARTE

Al comenzar este segundo período ya se habrá constituido el GRAN CONSEJO. GRAN REY, *sentado sobre una de las sillas plegables, domina ligeramente el círculo formado por* ROJO *y tres* COMPARSAS, *sentados a lo sastre, en el suelo, alrededor de un gran brasero de bronce. Estos cuatro últimos visten idénticamente con severas vestiduras negras. En lo posible se debe huir de la caricatura de esta escena acentuándose su tono de crueldad sangrienta.*

Otros dos COMPARSAS *sostendrán un tablero donde* BLANCO *efectuará sus operaciones de carnicero. Sobre el tablero, los punzones, cuchillos y demás instrumentos del oficio. Los* COMPARSAS

sostenedores del tablero van vestidos de marmitones, con impolutos uniformes blancos. Igualmente de blanco, aunque la mayor altura de su gorro cocineril señala la diferencia jerárquica, se encuentra BLANCO

Con una capa negra —o parda— que le llega hasta los pies y aún le arrastra por detrás —el contraste anacrónico del vestuario parece conveniente— se pasea alrededor del Consejo el sexto COMPARSA. *Lleva un gran cartapacio debajo del brazo.*

MADAMITA *borda en un bastidor, sentada en otra de las sillitas plegables.* PEQUEÑO REY *lee, próximo al público, libros que se amontonan a su lado*)

ROJO.— (*Leyendo un documento*)

...con lo que los nombrados treinta y siete súbditos de Vuestra Majestad...

GRAN REY.— (*Interrumpiéndole y tiritando*)

¡Maldito el frío que hace en esta Sala de Consejos!

ROJO.—Así es, Majestad. Estas horas del alba le meten a uno el relente en las médulas.

GRAN REY.—¡Atizad esos rescoldos, duque!

(*Uno de los* COMPARSAS-CONSEJEROS *remueve el brasero con una badila*)

ROJO.—Sin duda que cuando Vuestra Majestad haya tomado su colación matinal se sentirá más estimulado. Si Vuestra Augusta Persona dispone que aplacemos nuestro informe hasta entonces...

GRAN REY.—No hay precisión de ello. Ante todo ha de cumplirse con los deberes del Estado. Proseguid con vuestro memorial.

ROJO.— (*Leyendo de nuevo el documento*)

...con lo que los nombrados treinta y siete súbditos de Vuestra Majestad, todos naturales de aquellas nue-

vas islas, han aceptado, de propio asentimiento y sin temor o intervenciones sañudas, las leyes evangélicas. En cuanto al resto de los indígenas, los capitanes de Vuestra Majestad se han visto forzados, muy a pesar suyo, a suministrarles las Sagradas Formadas por medio de otras diligencias más recias. Como consecuencia de ellas algunos salvajes resultaron con sospechas de quebrantamientos corporales...

GRAN REY.—Consideremos, Señorías, lo que nuestros buenos teólogos nos tienen asaz demostrado: esas gentes cobrizas amasadas fueron originalmente con elementos irracionales, sin ánima ninguna que los sustentare...

(*Se estremece*)

Preguntad al furriel de viandas qué nos tiene preparada para desayunarnos...

BLANCO.— (*Recita lenta, casi ritualmente, mientras descuelga de los fondos un perro y comienza a desollarlo sobre el tablero sostenido por los marmitones*)

Faisanes tomarás y, después de bien desplumados, cortáralos para hacer pedazos dellos y los dexarás en remojo de su misma sangre como cinco parternoster o poco más. Luego tomarás una libra de vinagre vieja...

(*Continúa con su carnicería y comienza a llenarse su uniforme de sangre. Mímica de hablar aunque no llegue a oírsele.* GRAN REY *se dirige al* COMPARSA *sentado a continuación de* ROJO)

GRAN REY.—Y vos, condestable, ¿qué noticias nos traéis de nuestras flotas? ¿Resultó satisfactoria la visita de inspección que os encomendamos?

ROJO.— (*Permutando su sitio con el* COMPARSA *interrogado. Puede intentar un cambio de voz*)

Mantenemos ciertas zozobras en lo relativo a este capítulo, Majestad.

GRAN REY.—¿Otra vez el escorbuto?

ROJO.—Nos tememos que algo mucho más severo.

GRAN REY.—Exponedlo sin más cortapisas, señor Almirante.

ROJO.—Se han hallado, entre los efectos de las tripulaciones ciertos libelos en los que no se trata con el debido respeto a Vuestra Soberana Gracia.

GRAN REY.—Queremos suponer que se habrán tomado las pertinentes providencias para corregir tales veleidades...

ROJO.—Cinco días se tuvieron sin descolgar a los culpables de las jarcias. El hedor no aconsejaba prolongar la enmienda.

BLANCO.— (*Acentuando el ritmo de su "recitación"*)
Trincharás un gato de los más robustos, le rebañarás el pescuezo y la cabeza y le abrirás en canal con el cuchillo y lo tendrás colgado a la intemperie tres o cuarto noches o las que fueren menester para que adquiera una propuesta de tufo...

GRAN REY.— (*Nuevo escalofrío*)
Servíos dar otro envite a esas brasas, condestable.
(*Nueva removida de brasero*)
¡Estas piernas mías que no acaban, las pobres, de temblar!

BLANCO.— (*Más rápido*)
Abrirás el pecho de un ganso y le sacarás el bofe y las asaduras que majarás en un mortero con una poco de perexil deshojado menudo...

GRAN REY.—¿En cuanto a nuestras finanzas, señor superintendente?
(*Nueva permuta de puestos con lo que* ROJO *va ocupando todas las posiciones del círculo del* CONSEJO. *Nuevo cambio posible de voz*)

ROJO.—El tributo sobre los telares ha fortalecido los fon-

dos de vuestra real tesorería en la medida que era de apetecer...

GRAN REY.—¡Allegadme mi ropón, cuerpo de cien mil perros! ¡Allegadme mi ropón! ¿Acaso esperáis que se me congelen las sangres?

ROJO.— (*Gritando también*)

¡Súbase cuanto antes el ropón de Su Majestad!

(*Neutro de nuevo*)

En cuanto al impuesto sobre los aceites y las alcábalas sobre el trigo y otros granos de época no han alcanzado, para desafortuna del tesoro, el montante que se hubo previsto...

GRAN REY.—¡Esos perros villanos...! ¡Siempre tan reacios a contribuir, desde sus sarnosas aldeas, a los gastos del Imperio! ¿Cuántos fueron puestos a escarmiento?

ROJO.—Uno cada siete rústicos, Majestad.

BLANCO.— (*Ya casi embadurnado de sangre por completo*)

Abrirás las caderas de la res con el cuchillo y echarás sobre la coyuntura de los huesos la sal con la punta del cuchillo y separarás las piernas del cuerpo con el filo del cuchillo y de las piernas harás trozos menudos con el cuchillo...

GRAN REY.—¿En cuanto a vos, Cardenal?

(*Mismo juego anterior, nuevo cambio de puestos y de voz*)

ROJO.—Yo, Señor, me complazco en traer noticias menos rudas cerca de este Consejo.

GRAN REY.—¡Cuidado, Eminencia...! ¡Vuestro ministerio es el que requiere mayor atención por cuanto habéis sangre de Nuestro Señor Jesucristo! ¡El menor descuido, la menor flojedad y aquéllas caerán en poder de Satán, siempre avizor! Y de todos los peligros, el mayor, sin duda, es el que viene aderezado con los placeres del cuerpo... ¡Domeñad los cuerpos, Carde-

nal! ¡Domeñad los cuerpos y mantendréis las almas sumisas...!

BLANCO.—Tomarás el perro salvaje en el mismo sitio que lo hubieses cobrado y le sajarás el bajo vientre y le descuajarás de las partes criaderas por ser éstas las que más contribuyen a conservar el sabor a bravío de la fiera, harto difícil de disimular más tarde con salsas cualesquiera...

GRAN REY.— (*Chillando como un energúmeno*) ¿Tendré que descender yo mismo a los fogones para conseguir mi alimento?

BLANCO.— (*Suavemente, a los marmitones*) La refacción de Su Majestad está dispuesta. Transportadla hasta los chambelanes de antecámara.

(*De entre los trozos de carne cruda y sanguinolenta escoge uno de los más grandes y lo coloca sobre una gran bandeja de plata que le habrán acercado los* MARMITONES-COMPARSAS. *Estos la tapan con un cubrefuentes muy "historiado" y, con grandes reverencias, parodiando a las que pronto harán de* COMPARSAS-CONSEJEROS, *la llevan, entre los dos, al centro del Gran Consejo. La depositan junto al brasero*)

GRAN REY.—¡Loado sea el Santísimo Sacramento que así nos permite recomponer nuestros desgastamientos! ¡Sus Señorías pueden servirnos cuando lo crean de pertinencia!

(*Los cuatro* CONSEJEROS *desgarran con las manos el trozo de carnaza y sirven a* GRAN REY *entre complicadas ceremonias y reverencias.* BLANCO, *entretanto, desparrama por toda la escena los otros trozos de carne. Suenan los aullidos lastimosos y sempiternos*)

BLANCO.—¡Tened moderación fierecillas! ¡Guardad la debida continencia, que para todos hay...! ¡Tragad,

tragad en paz! Carnes no faltarán en estos reinos para saciar vuestros legítimos apetitos...

GRAN REY.— (*Mientras traga la carne cruda*)

Os damos gracias, señores Secretarios, por vuestros honrados informes. Vuestra contribución a la grandeza del Imperio es harto notoria. Haced entrar ahora al buen encargado de las guardas y seguridades de nuestra persona...

(ROJO *va hacia el* COMPARSA *que se pasea siempre alrededor del* CONSEJO; *toma su capa y su cartapacio y se acerca de nuevo a* GRAN REY. *Este último* COMPARSA *ocupa el sitio de* ROJO *en el* CONSEJO)

ROJO.—¡Dios guarde a Vuestra Majestad!

GRAN REY.—Con vuestra preciada ayuda, dilecto amigo; con vuestra preciada ayuda siempre... Me temo que ya os impacientabáis con la tardanza de nuestras deliberaciones. Creí escuchar vuestros pasos desasosegados por la antecámara.

ROJO.—He de confesaros, Majestad, que las notificaciones de que somos portadores no contribuyen, en verdad, a la templanza de nuestros ánimos.

GRAN REY.—¿Tan sustanciosas son esas especies?

ROJO.—Sumamente graves e importantes, Señor. Tanto, que nos permitimos solicitar de Vuestra Majestad el ser atendidos privadamente.

GRAN REY.—Sus Señorías, aquí presentes, son el corazón y el entendimiento del Estado. Lo que él mismo debe escuchar ha de hacerlo a través de los oídos de este Gran Consejo.

ROJO.—Sin embargo, Serenísimo Señor, nos permitimos insistir en la reserva de nuestra encomienda. Se trata de...

(*Vacila, mira a su alrededor, luego, como haciéndose gran violencia por quebrantar la etiqueta, se inclina al oído de* GRAN REY)

GRAN REY.—Cabe considerar, ciertamente, que los señores Consejeros tendrán urgentes asuntos que despachar en sus respectivos servicios. Y no olvidemos que la diligencia es la llave de la recta administración...

(*Los cuatro* COMPARSAS *se levantan y se dirigen hacia el fondo del espacio escénico preparándose, como siempre, para la escena siguiente. Lo mismo harán los dos* COMPARSAS *que oficiaban de marmitones. En este momento, por cualquier procedimiento, se resalta la presencia de* PEQUEÑO REY)

GRAN REY.—Si hemos entendido derechamente, ese nombre que habéis depositado en nuestro oído corresponde a tan alta persona que miraros muy mucho antes de referirnos a ella.

(*Se oye a* PEQUEÑO REY *que lee en voz alta uno de sus libros*)

PEQUEÑO REY.—"Ante la vergonzosa explotación del trabajo de los niños, los legisladores se han visto obligados a intervenir, no sólo para limitar los derechos de los poseedores de los medios de producción, sino..."

ROJO.—Si Su Majestad así lo ordena, mi boca permanecerá tan muda como una losa. En cuanto a los agentes que contribuyeron a la redacción del informe, fórmulas no faltarán para dejarlos lo suficientemente discretos.

GRAN REY.—Ya entenderemos en relación con esos alguaciles. En cuanto a vos, exponed vuestra recado con toda la mesura que el negocio requiere.

ROJO.—Esa persona, dejándose llevar, sin duda, por el juvenil e irreflexivo impulso...

GRAN REY.— (*Cortándole*)

Limitaros a oficiar la mera realidad de los hechos. Ahorradnos vuestros particulares juicios...

PEQUEÑO REY.— (*Leyendo otro libro*)

"La libertad no es más que un fantasma vano mien-

tras una clase de hombres pueda hacer que otra clase pase hambre impunemente. La igualdad no es más que un fantasma vano cuando el rico, a través del monopolio..."

ROJO.—Puesto que queréis los hechos escuetos, helos aquí: la conspiración contra vuestra persona ha buscado un responsable capital que se ponga al frente de ella y esa a la que nos hemos referido parece haber aceptado tal encabezamiento...

GRAN REY.—¿Existen pruebas? ¿Se han intercambiado prendas de compromiso? ¿Cruzado misivas entre los conjurados?

ROJO.—Las confidencias que hemos recibido no hacen mención de ello.

GRAN REY.— (*Siempre glacial*)

Os permitimos dos fechas. Antes de que se levante el día que ha de continuar al de mañana tendremos en nuestro poder esas pruebas o, de no ser así, la noticia de que, por vuestro propio albedrío, habéis decidido abandonar este mundo de compunción...

ROJO.—¡Pero, Majestad...! Os suplicamos que consideréis...

GRAN REY.— (*Tajante*)

¡Dejadnos ahora!

(ROJO *se retira, dando la cara al* REY *y con las genuflexiones de etiqueta. Se incrementa el aullido de los perros. Cinco* COMPARSAS *se colocan en el espacio escénico de manera que tres de ellos sostienen una especie de arco carcomido y los otros dos se colocan entre los primeros haciendo de estatuas yacentes. Pueden cubrir sus rostros hasta simular el alabastro de tales estatuas. Cuando* GRAN REY *vaya dirigiéndose a sus varios antepasados, los* COMPARSAS-ESTATUAS *y los sostenedores de la "arcada sepulcral" irán deslizándose de tal manera que*

el rebasado irá a ocupar el lugar posterior al de la "estatua" de la que GRAN REY *se ocupa. El sexto* COMPARSA *saca de los fondos de la escena un saco de huesos y los esparce por el "vía crucis" de aquél. Luego se prepara para hacer de* COMPARSA-CANDELERO)

GRAN REY.— (*Gritando*)

¡A mí mis gentes! ¿Me serán traídos de una funesta vez mis armiños? ¿O tendré que hacerme por mí mismo otro ropón con vuestros malditos cueros de perro?

(ROJO *le trae corriendo un gran ropón.* GRAN REY *se envuelve en él*)

¡Socorredme de luces!

(BLANCO *le trae una antorcha encendida o un enorme cirio.* GRAN REY *comienza a caminar lentamente, casi invisible dentro del ropón y con la antorcha en la mano. Se detiene junto a* MADAMITA)

¿A qué dedicáis vuestro tiempo, señora mía?

MADAMITA.—Ya lo veis, mi señor, bordo honestamente.

GRAN REY.—¡Bordad, bordad, mis señoras...! ¡Y cubríos de afeites los rostros! ¡Y acariciad a los húmedos perritos en el secreto de vuestros retretes...! Mientras tanto, ¿a quién habéis confiado vuestros hijos?

MADAMITA.—Vuestra Graciosa Majestad no me hizo el honor de entrar en mí para depositar la inesquivable semilla.

GRAN REY.—No solamente son hijos nuestros los que nos forzaron las entrañas. También pueden encontrarse en el seno de un hogar ya cuajado...

MADAMITA.—O entre los libros prohibidos de un polvoriento desván...

(GRAN REY *continúa su caminar vacilante. Se detiene delante de* PEQUEÑO REY, *siempre junto a sus libros*)

GRAN REY.—Fatigarás tus pobres ojos con tanta lectura, hijo mío.

PEQUEÑO REY.—Mis ojos son lo suficientemente jóvenes para soportar la negra y fría luz de palacio.

GRAN REY.—¡Ay, triste niño...! Si te hubiese mostrado el mundo tal cual es no tendrías que descifrarlo a través de esos signos que lo falsean...

(*Coge algunos libros y los deja caer al suelo*)

En vez de entregarme a otra ansia hubiera tenido que coger tu manita y caminar a tu lado por los engañosos caminos del vivir...

(*Se aleja de* PEQUEÑO REY. *Efectúa la mímcia de descender una larguísima escalera de caracol*)

¡Estos sillares, más helados a medida que nos hundimos en las profundidades del pasado...! ¡Habría que encender una gran lumbre con todos los huesos de mis precursores para ver de calentar estas bóvedas...!

(*Mímica de abrir una pesada puerta. Ruido de goznes enmohecidos que chirrían al girar. Llega junto al* COMPARSA-CANDELERO. *Coloca la antorcha entre sus manos, sustituidoras del elemento sustentador*)

¡Ya estoy entre vosotros, padres míos! ¡Ya estoy en el corazón de vuestra cripta, en el meollo de vuestro pudridero, revuelto con vuestra gusanería...! ¡Sí: ya estoy entre vosotros, tan poderosos un día...!

(*Se acerca a la primera "estatua"*)

Fernando Felipe Alfonso Carlos, primero o de los primeros de tu nombre, también llamado "El Pendenciero". Señor de estos reinos. Y los de Navarra. Y los de Castilla. Y los de Galicia... Duque de Cetina y de Alhama. Conde Pajares, de Navidiello y de Linares. Barón de Zumárraga y de Grijota... Y de tantos y tantos territorios como fuiste arrapiñando. Co-

nozco las crónicas de vuestras bélicas caballadas. Tú y los tuyos bajastéis el curso de los ríos machacando infieles y dejando en la puja montones de vuestros propios vasallos... Sangres del Jalón, del Duero, del Jarama, tiñeron vuestro manto e irisaron vuestra corona...

(*Avanza hasta la próxima "estatua"*)

¡Rey Alfonso Fernando Carlos Felipe, segundo o tercero de tu nombre...! ¡El fétido olor que se levantó de tu reinado lo tapaste con el incienso quemado en tantas y tantas catedrales. Tras cada loma arrasada, una que mandabas alzar a la gloria de Dios y al mayor disimulo de la carnicería. Y una noche de invierno, después de la batalla, entre hielos, hogueras de triunfo, despojos de soldado y el aullido de todos los perros del mundo, el olor de la sangre te incitó a la fornicación... Roja embriaguez que tuvo por resultas un niño... Algo nuevito que te era enviado, sin manchas de sangre ni de borracheras de victoria... ¿Pero qué te hiciste de tal hijo, tú, Rey? ¿Qué escribiste en aquella página en blanco? Muy otros hubierais sido todos vosotros...

(*Da una patada a varios de los huesos esparcidos por el suelo*)

si, en lugar de poner un preceptor a aquel niño, para sacarlo a tu imagen y semejanza, le hubieras dejado crecer en libertad...

(*Avanza lentamente hacia la próxima "tumba"*)

Hete aquí, tú, Rey Felipe Alfonso Fernando Carlos... a quien un docto preceptor te enseñó, siendo príncipe, el arte de arrancar los ojos a los pájaros trinadores... Y la bella lengua latina. Y el secreto del bien narrar. Y, sobre todo, las ciencias del descubrimiento de Dios y de la Administración del Estado. Gran sabio fuiste, Rey. Sabio y cristiano. Cuatro mil jorobados, tan serios todos con sus cruces, sus carta-

pacios y sus salvaderas, santos eficaces a cual más y con diez trienios de verdugo el que menos, todos te confirmaban tu cristiandad de funcionario idóneo...

(*Coge una calavera, la huele*)

Aún creo que huele a cristiandad la cáscara de tus prudentes sesos...

(*Tira la calavera*)

Y un día entre los días, también tú mataste a tu hijo. Lo crucificaste y del sexo yerto mandaste colgar otro crucifijo con víctima... Y entre músicas misericordiosas y humos consagratorios te sentaste una vez más en la gran mesa del banquete donde te sirvieron los restos de tu hijo...

(*Pasa a la estatua siguiente. Se arrodilla. Ora un tiempo, con un murmullo ininteligible. Juega luego con los huesos, se levanta y alcanza la siguiente estatua de la serie, la última en el juego alternativo de los* COMPARSAS)

Y tú, último nombre y cifra de la procesión, tendiéndome ya el extremo de la cuerda para que yo mismo, convertido en una estatua más, la prolongue...

(*Remueve entre los huesos*)

No sé cuál de estos huesajos hubiera sido capaz de caber en tu cuerpecillo enano...

(*Separa un hueso minúsculo*)

¡Este, sin duda...! Todavía conserva, además, colgajillos de carne no demasiado antigua...

(*Chasca el hueso*)

No puedo asegurarte que tu triste esqueleto tuviera demasiada fortaleza... Menos mal que tu falta de reciedumbre la compensaste con tu fuerza de voluntad para el estudio de las doradas leyes... ¡Qué alegría para un monito mustio y final el haber sacado las oposiciones y poderse convertir en todo un señor notario constitucional, de pelo en pecho! Por ello eras merecedor de la mesa camilla que tu pusieron en el

salón del trono. Sentado junto a ella, con tus pantuflas y tu braserito, pudiste ir escribiendo las memorias de todos los gloriosos tiempos idos mientras vendías, cachito a cachito, el botín de tus abuelos. Y en ella, en vez de sentarte a devorar a tus hijos, como era de costumbre ancestral, serán tus hijos los que te habrán de devorar...

(*Tira el hueso*)

Aunque no creo que queden demasiado satisfechos con la ración de viejo padre que les pueda corresponder en las rebañaduras del Imperio...

(*Se abre el ropón y se golpea el pecho con un gran grito final*)

¡Aquí me tienes, hijo! ¡Aliméntate de mí! ¡Que mi vieja carne pueda servir de viático nutricio al vuelo de tus días!

(*Durante la escena anterior* ROJO *se habrá puesto un traje mezcla de alguacil y de lascanete.* BLANCO *se aproxima a* GRAN REY *que permanece en "éxtasis" ofreciendo su pecho al "futuro". También puede disciplinarse*)

BLANCO.—¡Majestad!

GRAN REY.—¿Cómo te atreves a interrumpir mi hora de contricción?

BLANCO.—Es que, mi señor, vuestra guardia espera desde ha tiempo. Y vos mismo acentuastéis la premura con que se debe actuar en estos singulares momentos...

(GRAN REY *se quita el ropón. Se deshace el "panteón real" y los* COMPARSAS *se apresuran a vestirse de nuevo los trajes "contestatarios" de la "caverna".* GRAN REY *se dirige a* ROJO *que avanza hasta quedar clavado delante de él. Habla con gran energía*)

GRAN REY.—Tomaréis los soldados que precisos fueren y clausuraréis las estancias de Su Alteza. Clavaréis sus ventanas y pondréis cerrojos dobles en el exterior de

su puerta. A nadie podrá recibir sin nuestra muy especial licencia, a excepción de su confesor que podrá visitarlo una vez por semana. La lista de sus alimentos nos será sometida a diario... ¡Idos!

(ROJO *comienza a retirarse sin dar la espalda.* GRAN REY *lo detiene con un gesto*)

Y, como única lectura, le serán permitidos los Sagrados Evangelios y la piadosa vida de San Lorenzo. Yo podéis marchar.

(ROJO *y* BLANCO *se acercan al lugar en que se encuentra* PEQUEÑO REY *y toman algunos de los libros que éste leía. Pueden pronunciar en voz alta algunos títulos entre gestos escandalizados —se sugieren algunas posibilidades entre tales títulos*: "*Biología y conocimiento*", "*Historia del Primero de Mayo*", "*La dialéctica del objeto económico*", "*Las flores del mal*", *etc., etc.—. A continuación clavan unas tablas en forma de aspa y las colocan delante de* PEQUEÑO REY *pudiendo éste mismo sostener el signo de su propia prisión.* GRAN REY *se dirige hacia el sitio donde se encuentra* MADAMITA *y, que ha vuelto a coger un perrito de almohadón y le hace fiestas. Durante la escena siguiente* BLANCO *quema los libros o los destroza.* ROJO *se dirige a la "caverna" donde los* COMPARSAS, *ya vestidos con los vestidos propios de ella, comienzan a tocar, en sordina, el "Himno del asalto al palacio", algo que comienza lentamente y que va cobrando vigor rítmico.* ROJO *arenga a los* COMPARSAS *con frases que también van acentuando su reclamo. Tales frases se alternan con las de* GRAN REY *y* MADAMITA)

GRAN REY.—¿Todavía halagando a esa bestezuela, mi señora?

MADAMITA.—Honestamente, mi señor.

Hasta que me socorran las
horas de la noche...

ROJO.—¡Hemos alcanzado la hora ineludible de la acción, camaradas! ¿Acaso vamos a esperar a que vengan a sacarnos sus malditos esbirros de mierda de nuestras propias casas?

GRAN REY.—Honestidad que podríais
acompañarn con alguna honesta canción...

MADAMITA.—¿Qué clase de canción,
mi señor?

GRAN REY.—Algo sentimental, mi
señora...

ROJO.—¡Contestaremos a la violencia de esos asquerosos cerdos de polizontes con nuestra justa violencia!

GRAN REY.—Algo que venga a mitigar
la inefable melancolía de
este fin de jornada.

MADAMITA.—Como vos dispongáis, mi señor.

ROJO.—¡En marcha, compañeros! A sangre y fuego! ¡A muerte, a muerte...!

(*Comienzan* ROJO *y los* COMPARSAS *cavernarios, cada vez con más fuerza, el himno antedicho. Cada estrofa del mismo marca el avance del subgrupo "rebelde" hacia el subgrupo "palaciego". El primero lleva una gran sábana negra extendida y cogida por sus bordes por todos los que avanzan. Se sigue alternando el tal himno y la canción melancólica de* MADAMITA *a quien puede acompañar con su flauta u otro instrumento delicado alguno de los* COMPARSAS *todavía no vestido de "caverna". Es necesario contrastar al máximo la "dulzura" de un subgrupo y la "rabia" del otro*)

ROJO.— (*Cantando*)
Los cinturones rojos
en que estáis desterrados
abandonad vosotros,
los pobres y humillados
y arrasad los jardines
que rodean palacio...
SUBGRUPO "REBELDE" (*A Coro*)
¡El palacio de los dioses!
¡El palacio de los jefes!
¡El palacio de los amos!
MADAMITA.— (*Cantando*)
Siglo de gran desventura
para las honestas gentes
que hacen de su vida puentes
bajo los que el agua pura
pasa, sin otra presura
que el ir buscando la mar,
en un tranquilo alcanzar
aquel refugio celeste
que, al final del mundo aqueste,
nos invita a reposar...
ROJO.—No temáis los fusiles
de sus perros comprados,
cortadles los jarretes
a sus gordos caballos
y acabad con la guardia
que forma sus soldados...
CORO.—¡Los soldados de los dioses
¡Los soldados de los jefes!
¡Los soldados de los amos!
MADAMITA.—Siglo de signo villano
amargo y sucio de envidia
anegando de perfidia
todo corazón humano...
Aquel que creiste hermano

o que amaste como a un hijo
rebulle ya en su escondrijo
esperando la señal
para clavarte el puñal
entre furia y regocijo...

ROJO.—Ya son vuestras las lonjas,
las puertas ya saltaron:
alcanzad las estancias,
el recinto sagrado,
donde viven y mandan
entre seda y lacayos...

CORO.—¡Los lacayos de los dioses!
¡Los lacayos de los jefes!
¡Los lacayos de los amos!

(En este momento alcanzan el lugar en que se encuentran GRAN REY *y* MADAMITA *y destripan, de un gran navajazo, el perrito con el que jugaba ésta. Envuelven con la enorme sábana negra a* GRAN REY)

ROJO.— *(En el ápice del canto)*
¡Domésticos y reyes
arrastrad a los patios
y haced un gran montón
de sangre, mierda y trapos
con banderas y púrpuras
y cuerpos destripados...

CORO.—¡Las tripas de los dioses!
¡Las tripas de los jefes!
¡Las tripas de los amos!

(Se llevan, envuelto en la sábana, a GRAN REY *hacia la caverna.* MADAMITA, *siempre lírica y doliente, se agacha sobre el "cadáver" del perrito. Lo acaricia. Sigue cantando, cada vez más dulce)*

MADAMITA.—Siglo de perversidad
teñida de violencia:

¿qué hiciste de la inocencia
de quien sólo caridad,
decencia y honestidad
puso alrededor de sí?
¿Por qué, con tal frenesí,
trataste al que así os amaba?
y lo que yo acariciaba,
¿por qué lo mataste así?

(ROJO *se separa de los* COMPARSAS *y se reúne con* BLANCO. *Aquellos "desempaquetan" a* GRAN REY *y cuelgan de una cuerda, que tienden, la sábana negra formando así una especie de subespacio dentro del propio espacio "cavernario".* GRAN REY *se sienta en una de las sillitas plegables.* BLANCO *y* ROJO *se aproximan y el primero pone un gan paño alrededor del cuello de* GRAN REY *y lo enjabona y afeita durante la escena siguiente.* ROJO, *"a cuatro patas", le descalza y lava los pies en la cacerola.* MADAMITA *se ha conseguido otro perro de alcoba y lo peina y acicala, como siempre.* PEQUEÑO REY *continúa, impasible ,sosteniendo su propia prisión en forma de cruz aspada*)

GRAN REY.—La felicidad sólo halla su contraste y comprobación en los días adversos... ¡Gracias, amigos míos! Vosotros sois de los de antiguo cuño y auténtica ley!

BLANCO.—Puesto que nos ha sido dado el acompañaros en estos momentos angostos no debemos permitir que Su Majestad se afloje en lo tocante a su compostura...

ROJO.—Esos zafios de afuera han de comprobar la diferencia entre un verdadero señor y su propia inmundicia!

GRAN REY.—No deben preocuparos esas meras apariencias. Sin embargo, cierto es que conviene ofrecerse al martirio tan limpio de cuerpo como de alma.

BLANCO.—¿Por qué hablar de martirio, Majestad? No os dejéis arrastrar por esos negros pesimismos. Esa morralla no cumplirá sus amenazas.

GRAN REY.—¡Sí que lo hará! Conocemos harto bien el infernal mecanismo que engrana sus acciones. La violencia y la sangre los excita como una droga. Solamente con mi muerte alcanzarán el paroxismo. ¡La noche que ya se anuncia será la última de mi vivir!

BLANCO.—¡Domeñad esas negras ideas, señor! La reina, vuestra esposa, se apresurará a pagar el oro pedido por esos miserables a cambio de vuestra liberación. En cuanto a las exigencias para hacer menos severas las medidas adoptadas con Su Alteza...

GRAN REY.— (*Interrumpiéndole*)

Vosotros, pobres míos, no podréis comprender las altas razones que los señores tenemos, incluso, para morir. Bastante hacéis con lograr que nuestra figura sea todo lo digna que requiere el instante supremo. Rasura bien esos cañones y no te preocupes de otras ansiedades que, para ventura tuya, te son ajenas...

ROJO.—¡Terminaréis por conseguir que se me humedezcan estos necios ojos míos! ¡Y bien sabe Dios que me esfuerzo por no conturbar aún más vuestro ánimo con llantos inoportunos!

GRAN REY.— (*Acariciando la cabeza de* ROJO *según se encuentra éste a "cuatro patas", juego del perrote de gran chimenea*)

¡Llora, mi grande y fiel perrote, llora...! ¿Por ventura también hemos de privarnos de la piadosa lágrima de un compañero de infortunio...?

(*Un tiempo. Luego cambia a una voz mucho más dura*)

¿Acabarás de una vez con ese lavatorio?

ROJO.—Vuestros pies ya brillan como dos luceros...

GRAN REY.— (*Tierno de nuevo*)

Seca, entonces, tus manos y toma recado de escribir...

ROJO.— (*Después de secarse y hacerse con una pluma inmensa*)

Ya quedo puesto a ello, mi señor.

GRAN REY.—Dirigirás el pliego a la reina, nuestra señora, en su palacio de invierno.

ROJO.— (*Silabeando lo que escribe*)

A la rei-na nues-tra se-ñor-ra en su pa-la...

GRAN REY.— (*Dictando parsimoniosamente*)

Señora: si vuestra pena no me lastimara más que mi muerte yo me daría por...

(*Se interrumpe, increpando, duro, a* BLANCO)

¡Pon más atención a lo que estás haciendo, belitre! ¿Crees, por un acaso, que estás desbarbando una bestia?

BLANCO.—¡Perdón mil veces, Majestad! La congoja pone tal temblor a mi dedos que apenas si alcanzo a reducirlos.

GRAN REY.— (*Volviendo a su hipócrita ternura*)

¡Está bien, está bien...! Después de todo, tiempos son estos postreros, de perdón...

(*A* ROJO)

¿Ibamos...?

ROJO.—"...más que mi muerte, yo me daría por..."

GRAN REY.—...yo me daría por bienaventurado. El mucho rigor con que hemos sido tratados por los que nos tienen recluidos no ha sido bastante para quebrar nuestro firme ánimo... Subraya lo de firme ánimo.

ROJO.—Subrayado queda, mi señor.

GRAN REY.—...nuestro firme ánimo de no ceder a sus torpes exigencias... ¿Me sigues, mi buen amanuense?

ROJO.—Os sigo, mi señor.

GRAN REY.—Bien sabemos que plegarnos a sus turbios propósitos, sólo fuera una vez, sería forjar el primer

eslabón de toda una cadena de concesiones. Contribuir, en fin, a la instauración inexorable de la anarquía.

ROJO.—xo-ra-ble de la a-nar-quí-a...

GRAN REY.—En cuanto al Príncipe, para bien del Reino todo y del suyo propio, ha de continuar en las condiciones que dispusimos acerca de su alta persona... ¿Me sigues...?

ROJO.—Os sigo, Majestad.

GRAN REY.—Quisiera tener algún espacio más del que dispongo para escribiros alguna cosa en vuestro consuelo...

(*Muy rápido*)

Despedidme, plegad la carta, lacradla y hacedla llegar con la mayor premura a su augusta destinataria.

(ROJO *pliega la carta y la lacra.* BLANCO, *que ya habrá terminado el afeitado, acompaña al primero hasta el sitio donde se encuentra* MADAMITA *pero, antes de llegar, a la mitad de la distancia, se detienen ambos y saca uno de ellos una lata de sardinas y el otro una botella de vino y un trozo de pan. Se sientan en el suelo, abren la lata, pringan pan en el aceite y comen por turno. Beben de vez en cuando*)

ROJO.—¡Esos tipos, siempre con sus urgencias! Escribe, fecha, pliega, lacra, sella, distribuye, corre, cursa, entrega espera contestación, cursa corre distribuye, entrega...! ¡Así reventaran con sus prisas!

BLANCO.—¡Calma, compañero! En tales ansiedades terminan por chamuscarse los poderosos. Nosotros, ahora que no nos guipa nadie, vamos a tomarnos nuestro cacho de descanso...

(*Empina la botella*)

¿Dónde te hiciste con este morapio?

ROJO.—Tú pipa y calla. Y vamos a echar un ojo a todo

este negocio que se traen los señores con sus recados...

(*Rasga la carta, la despliega, lee*)

Mi querido y tiernísimo putón: esos hijos de mala perra que nos tienen atrapados en el cepo son muy capaces de cepillarnos sin más leches. De modo y manera que tú verás, lucecita de mi corazón, cómo te las apañas para aflojar los doblones que piden. No veo la manera, sin conservar la pelleja, de agenciarse un negociejo rentable que nos haga de nuevo con los caudales...

BLANCO.— (*Quita la carta a* ROJO. *Finge leer a su vez*)

En cuanto al angelito caído, heredero de nuestros reinos y de nuestros ahorrillos, lo mantendréis bien engatillado con miras a que se abstenga de ponernos los reverendísimos cuernos con vuestra gracil persona...

ROJO.—Está bien, señor mensajero: vamos a cumplir nuestra importante encomienda.

BLANCO.— (*Volviendo a plegar la carta*)

¡Vamos...!

(*Se acercan a la percha del fondo y cogen unos velos con los que se cubren. Se acercan a* MADAMITA *y dan vueltas a su alrededor con grandes gestos y aspavientos. Fingen voces femeninas. Se remeda una escena similar de la primera parte*)

ROJO.—¡Albricias, mi señora!

BLANCO.—¡Nuestra gentil damita está de norabuena!

ROJO.—¡Ay, y quién tuviera sus verdes años!

BLANCO.—¡Y galanes tan floridos que así se preocupasen de una!

MADAMITA.—¿A qué tanto alborozo, mis buenas dueñas?

ROJO.— (*Haciendo revolotear la carta sobre la cabeza de* MADAMITA)

¿Qué quisicosica trájose la palomica en el piquico?

BLANCO.—¿Acaso una carticartica muy recarticarticada?
ROJO.—¿Oliendo toda a perfumico de reyecico enamoradico?
MADAMITA.— (*Severa*)

¡Traed acá esa misiva! ¡Y cesad en vuestras chanzas! Debiérais conservar composturas más acordes con vuestras edades y condiciones. Y tener en cuenta los severos momentos que nos toca vivir.

(*Coge la carta*)

¡Retiraos ahora! Si es preciso que portéis contestación, os mandaremos llamar.

(*Se retiran* BLANCO *y* ROJO *unos pasos.* MADAMITA *abre la carta nuevamente. Lee y hace comentarios dirigiéndose al lulú*)

El amito se encuentra en apurejos ¿sabes, lindo? Gente muy mala lo tiene encerrado y piden mucho, muchísimo dinero, para dejarlo volver al lado de su mujercita y de su perrito pequeñín... Tendremos que vender nuestras joyas para pagar a esos hombres tan perversos. ¿No crees que merece la pena ese poquito de sacrificio con tal de que el papá pueda volver para hacerte cada noche esas cosquillitas que tanto te gustan, ¿eh, amorcito?

(*Con voz firmísima*)

¡Acercaos, vosotros!

(*Lo hacen* BLANCO *y* ROJO. *Voces masculinas*)

BLANCO.—¡Mándenos la señora!
MADAMITA.—Despejadme una duda.
MADAMITA.—¿Qué clara oscuridad es aquella que se filtra
BLANCO.—Sírvase la señora exponerla.
allá lejos?
BLANCO.—La noche, mi señora.
ROJO.—Una más...
MADAMITA.—¿Una más, decís...?

(*Tira el perrajo violentamente al suelo. Aullidos.* BLANCO *pone rápidamente betún en su ca-*

ra. Luego le coloca la gran funda zicesca y la peluca de "negra noche". ROJO *se aproxima a* PEQUEÑO REY *y da una gran patada a las tablas aspeadas*)

BLANCO.—¡La sucia y caliente negra puede
descender, cuando guste, a fundir
los últimos hielos del Imperio!

ROJO.—¡Tierna es la noche del resarcimiento, mi príncipe lobito! ¡Libertad y putrefacción sean de nuevo con nuestros huesos!

(*Se dirigen todos a la "caverna".* ROJO *y* BLANCO *se adelantan y entran en el subespacio de la sábana negra donde* GRAN REY *continúa sentado en su sillita*)

GRAN REY.—Bienvenidos, amigos. Sin duda que portáis el dinero reunido sólo Dios sabe con cuántos sacrificios, por nuestra buena señora, la reina...

ROJO.—¡El plazo se ha cumplido, sire! ¡El periplo de vuestro signo estelar presto se encuentra a completar su órbita!

BLANCO.—¡Agotad el ciclo, Majestad! ¡Ascended las escaleras de vuestro ejemplar martirio!

GRAN REY.—¿Cómo...? ¿Qué centellas decís...? ¿Es posible que esa hija de cien mil putas no haya vendido sus joyas de mierda?

ROJO.—Nadie pagó el precio de vuestra redención, magnífico señor. La señora reinita, incluso, parece que se ausentó de palacio...

GRAN REY.— (*"Teatralmente" entregado*)
¡Está bien! ¡Cúmplase, pues, la voluntad de los malévolos! El día esplendoroso ha terminado y estamos dispuestos a entregarnos a las absorbentes tinieblas...! ¡Ascendamos...!

(*Entre* BLANCO *y* ROJO *le ponen el gran ropón de pieles de perro y le colocan una recargada corona. Mímica de ascender las escaleras de un*

patíbulo. Suenan los redobles de tambor propios del caso. BLANCO *y* ROJO, *a media "escalera" dan sendos saltos para unirse al resto de los actores.* PEQUEÑO REY *y* MADAMITA ZIZY *habrán entrado ya en el recinto "cavernario" que puede haberse ampliado hasta completar todo el espacio escénico. Los diez actuantes —todos, menos* GRAN REY— *se habrán colocado unas máscaras, todas idénticas, semejantes a las que se sacan a los muertos.* GRAN REY *deambula por delante de todos los actores. Habla contenido y triste*)

GRAN REY.—La jornada de caza toca a su fin... Durante todo el día batió el fuego del cielo y el tumulto de sus perseguidores sobre el pobrecito oso, hasta tronzarlo... El pobrecito oso ya se encuentra arrinconado por los perros, rodeado de piedras inmisericordes e indiferentes al sacrificio que se ha de consumar. Plegó la luz y el pobrecito oso ha de morir... ¿Quién, entre sus verdugos, explicará al pobrecito oso las furiosas razones por las que será inmolado?

(*Se dirige a* ROJO)

¿Se las explicarás tú, mi grandote cara de perro?

ROJO.—La bestia ha de morir porque está fatigada.

BLANCO.—La bestia ha de morir porque se le cayeron los dientes.

MADAMITA.—La bestia ha de morir porque su falo es de barro.

PEQUEÑO REY.—La bestia ha de morir porque sólo es ya historia concluida.

TODOS LOS ENMASCARADOS.—¡La bestia ha de morir para que viva su pueblo. Y eso se llama revolución!

GRAN REY.—¡Os comprendo pueblo mío! ¡Comprendo vuestras razones, más añejas aún que la pobrecita bestia! ¡Además, las habéis expuesto con tan bellas palabras...! Sólo os falta que las acompañéis con los

bellos gestos. Dandoos, por ejemplo, rotundos puñetazos sobre vuestros pechos de gorilillas incipientes. O haciendo tremolar, todos tiesos, vuestros falitos recién estrenados, lejos aún de convertirse en barro...

(*Se dirige a* BLANCO)

¿De modo y manera que tú eres la revolución?

BLANCO.— (*Jactancioso al máximo*)

¡La tiesa revolución!

GRAN REY.— (*A* ROJO)

¿Y tú...?

ROJO.—¡La tiesa revolución!

GRAN REY.— (*A* MADAMITA-ZIZY)

¿Y tú, mosquita?

M/Z.—¡La tiesa revolución!

GRAN REY.—¡Todos, todos iguales! Las mismas frases y las mismas máscaras...

(*Cada vez más doliente*)

Y lo más triste, triste como un día pegado al anterior, triste como una repetición sin bordes ni final, lo más triste es que, por debajo de esas máscaras, sois iguales también: iguales a vosotros mismos e iguales a los que pretendéis sustituir...

(*Se acerca a* BLANCO)

Reconozco estos rasgos. Son los de aquél que, ayer tan sólo, abandonó la casa familiar. Harto, según decía, de tener que ser cómplice aprovechado de los sucios beneficios de su padre, nuestro maestro carnicero...

(*Le arranca la máscara*)

Y he aquí el rostro que contemplarán tus nietos... en la época en que vendrás a proponerme sustanciosa tajada de tus ganancias. Sólo tendré que hacer la vista gorda sobre la carne putrefacta que pretenderás echar a mis perros...

(*Se acerca a* ROJO)

¿Y esa juvenil faz de guerrillero incorruptible...?

(*Le arranca la máscara*)

Hecha, con la ayuda de un simple puñadito de tiempo, la de un tripudo y enmedallado coronel del ejército del pueblo... ¿Tú eres la revolución?

(*Se acerca a* M/Z, *le acaricia con gran ternura la máscara*)

Un día entre los días, yendo de caza con mis perros, descubrí una mocosa cuidando sus marranos y cubierta de mugre. Pero sus ojitos, entre la parda pringue, eran dos gotitas de lluvia sobre una hoja. Mandé que me la lavasen y me la trajeran a palacio... Se me culpó de quebrar lo establecido en los reales enlaces, pero aquella chiquilla fue mi único y gran amor...

(*Le quita lentamente la máscara*)

¡Y, luego, ya viniste a manifestarte tú, señora...! ¡Tan esposa y reina como otra cualquiera!

(*Se acerca a* PEQUEÑO REY)

A ti, hijo, también se te caerá algún día la cobertura de tu rostro, como una máscara reseca...

(*Le quita la máscara, la contempla un tiempo, la deja caer luego al suelo*)

Y ya te habrás convertido, de una vez para siempre, en todo un señor jefe, maduro, magnífico y lleno de mierda...

PEQUEÑO REY.—Es muy posible, padrecito. Tal es el conocido argumento de tu comedia. Siempre lo utilizas. ¿Para qué cambiar el mundo, para qué cambiarte a ti, si el futuro ha de despedir, fatalmente, el mismo hedor que tu presente inmundicia? ¡Pura falacia, padrecito! Nada sabemos sobre lo que será un mundo sin ti, porque siempre, en todos los canjilones de la historia, has resurgido, tú mismo lo has dicho, como una repetición sin bordes. Primeramente acabar contigo. Reducirte al necesario silencio, condición sin la cual no habrán de parir sorpresas los tiempos veni-

deros. Primeramente acabar contigo y con tu fatalidad, padrecito...

GRAN REY.—¡Hacedlo ya! Pero de modo y manera que resulte una digna ceremonia...

PEQUEÑO REY.—Pondremos nuestro empeño en servir adecuadamente a Su Majestad, el Padrecito, en sus postrimerías.

ROJO.—Ocupad el solio de vuestra condición imperial, magnífico señor: sentaos en vuestra mesa camilla...

GRAN REY.—Como dispongan mis fieles vasallos y mis buenos hijos...

(*Dos* COMPARSAS *pueden sostener el tablero de la "mesa-camilla" que se cubrirá con una sábana negra.* GRAN REY *se sienta delante de ella, sobre una de las sillitas, dando frente a los espectadores. De perfil, a cada uno de sus lados, lo harán* PEQUEÑO REY *y* MADAMITA-ZIZY. *Se le lleva un perrito a* GRAN REY *sobre un almohadón. Este lo coloca sobre la mesa*)

¿Qué músicas se han preparado para la celebración?

PEQUEÑO REY.—Una dulce pavana de difuntos. Lograda, en verdad.

GRAN REY.—Hacedmela oir, os lo ruego.

(*Un* COMPARSA *se sienta en el suelo y comienza a tocar, con una flauta, la canción de "Zizy" en tono frío y melancólico*)

¡Bellísima tonada! ¿Quién fue capaz de inspirarla?

M/Z.—Yo, mi señor.

GRAN REY.—Debí suponerlo... ¿Me será concedida una última merced?

PEQUEÑO REY.—Es lo habitual. Proferidla.

(GRAN REY *se acerca a* MADAMITA/ZIZY. *Cortesana reverencia*)

GRAN REY.—En la danza de exéquias, que pronto vendrá, bailaréis con toda la Corte enlutada. Sólo mis pobres

y heladas piernas no estarán ya en disposición de enredarse con las vuestras. Concededme, en consecuencia, el honor de un pequeño anticipo de vuestra adorable proximidad...

MADAMITA/Z.—Como vos dispongáis, mi señor.

GRAN REY.—Por otra parte, daremos tiempo a los acólitos para que lleven hasta la piedra del ara el armarito de los venenos...

(*Danzan* GRAN REY *y* M/Z *al sonido de la flauta, muy lentamente.* BLANCO *transporta hasta la "mesa camilla" un armarito lleno de botellas y de frascos extraños conteniendo líquidos de diferentes colores.* ROJO *deposita sobre aquélla una cesta con copas diferentes*)

GRAN REY.—Despedís un extraño perfume, mi reina.

M/Z.—A negra sarnosa, mi señor.

GRAN REY.—Si os hubiésemos conocido, en nuestro palacio de invierno, con este incitante aspecto que ofrecéis en las cuevas de la noche, tened por cierto que hubiéramos conseguido el ansiado continuador de nuestra estirpe... ¿quedáis de acuerdo en ello, mi señora?

M/Z.—Tened en cuenta, mi señor que vuestro hijo hubiera sido en ese caso el de toda una puta.

GRAN REY.—Mitad y mitad... Y, tal vez, hubiera merecido la pena ventear la raza. Pero no nos revolvamos contra lo inevitable. Los oficios de la consumación están dispuestos; los altares, pulidos; los venenos, en riste; los verdugos, ansiosos...

(*Deja de danzar. Se sienta*)

PEQUEÑO REY.—¡Escanciador!

ROJO.— (*Avanzando*)
¿Alteza?

PEQUEÑO REY.—Sirve vino a Su Majestad. Con el ardor de la danza sentirá, sin duda, reseca su garganta.

(*Tiempo. Meditación*)

¡Y el mañana, y el mañana, y el mañana, sólo bufones que arrojan sobre las batidas peñas el desarbolado navío, cansado ya de navegar...!

PEQUEÑO REY.—¡Bebed, padre mío! Vuestros perritos ya habrán encontrado satisfactorios vuestros ritos postreros; suficientes vuestras liturgias de cartón...

M/Z.— (*Muy dulcemente*)

¡Hazlo, mi amor...!

GRAN REY.—¡Cúmplase, pues, la voluntad de mi amada esposa! ¡El zumo de las uvas filiales mojarán de inmediato mis labios!

(*Tiende la copa, como ofreciendo sendos brindis, a* PEQUEÑO REY *y a* MADAMITA/Z. *Luego bebe. Comienza a "teatralizar" una muerte lenta*)

¡Señora, mi reinita...! ¿Me oís?

M/Z.— (*Con voz helada*)

Os oigo, Majestad.

GRAN REY.— (*Cada vez más débilmente*)

Haz que tu voz de angel arrulle mi agonía.

M/Z.—Siempre como vos dispongáis, mi señor.

(*Se sienta junto al* COMPARSA *flautista. Canta, dulce*)

Nuestro padrecito ya hizo su elección:
rechazó el cuchillo desgarrador,
rechazó el áspid ponzoñoso
y entre los variados remedios del armario
escogió la dorada cicuta...
¡Oh, pobrecitos de los mercaderes
que buscarán su padrecito sin hallar
a quién vender sus retales!
¡Pobrecitos de los soldados
que no tendrán ya quién les ordene
tocar el atambor!
¡Pobrecitos de los jueces!

GRAN REY.—¿Podemos elegir entre tantos líquidos descarnadores, a cuál más bello?

PEQUEÑO REY.—Está previsto en el protocolo de las condenas capitales. Escoged.

(GRAN REY *saca una botella del armarito que contiene un líquido diferente al verde. Lo eleva hacia el cielo*)

GRAN REY.—¡Tan verde como los ojos de aquella muchachita entre sus puercos! ¡Sírveme, copero!

(ROJO *entrega, con una reverencia, una copa a* BLANCO. *Este, con igual ceremonia, la llena del líquido no-verde y se la tiende a* GRAN REY. *Este levanta la copa*)

¡Ven mortal asesino, y corta de un solo mordisco de tus líquidos dientes este nudo complicado que llamamos la vida...

(*Se dirige al perrito*)

¿Te parece con grandeza suficiente este final de juego? Aunque tú pensarás, seguramente, que habría que compararlo con otros para decidir si merecía el premio literario...

(*Hace beber al perrito el contenido de la copa. Muere el bicho. Suenan aullidos lastimeros.* GRAN REY *arroja copa y perro muerto al suelo. Inmediatamente se le lleva un nuevo perrito.* GRAN REY *escoge un frasco con un líquido diferente del rojo*)

¡Un puro sol de ocaso este arsénico rojo! ¡Sírveme, copero!

(*Lo hacen* BLANCO *y* ROJO *con la misma ceremonia anterior. Nuevo alzado de copa*)

¡Oh, podría profetizar, pero la terrosa y fría mano de la muerte contiene mi lengua...! ¡Ya queda poco, solamente un frío confortador bajando por mi garganta y, enseguida, seremos, únicamente, un poco de arcilla y el esbozo de una desaparecida majestad...!

¿En nombre de quién sentenciarán?
¡Pobrecitos de los sacerdotes!
¿A quién ofrecerán sus sacrificios?
Solamente sus perritos felices serán
porque lo podrán seguir sirviendo,
más allá del tránsito,
sobre las aguas oscuras...

(GRAN REY *ha ido doblegándose sobre el tablero y la corona se le cae al suelo.* M/Z *se acerca a él y levanta uno de sus brazos que, al soltarlo, cae inerte. Se quita la gran funda y aparece desnuda. La mortecina luz cambia repentinamente a un resplandor total. Los* COMPARSAS-MUSICOS *levantan el ritmo de la canción de Zizy hasta los máximos ardores.* M/Z. *se acerca a* PEQUEÑO REY *toda abierta de brazos y piernas*)

M/Z.—¡Bup! ¡Bup! ¡Bup!... ¡Salve, rey nuevito! ¡Ya se borraron los límites entre los días y las noches! ¡Amor y revolución vengan a henchir nuestro futuro!

(PEQUEÑO REY *se levanta despacio. Se arrodilla junto al cuerpo derribado de* GRAN REY. *Se persigna. Ora un tiempo en que todo el resto de la escena queda congelada. Luego toma uno de los brazos de* MADAMITA/ZIZY *y se lo retuerce muy lentamente hasta que la actriz cae derribada. Debe ser una escena tan pausada como cruel.* PEQUEÑO REY *toma la sábana negra y la deja caer sobre el montón vencido del cuerpo femenino*)

PEQUEÑO REY.—¡Cubríos esa impúdica carne, señora! ¡El nuevo estado requiere de mayor severidad y de mejor concierto que los que ofrecen las gentes de vuestra ralea...! ¡En mérito a la consideración que antaño os tuvimos, no haremos que el verdugo azote

esos cueros inícuos...! ¡Pero ocultaros cuanto antes en lo más profundo de un convento en donde podáis hacer penitencia de vuestros muchos relajos!

(*Al resto de los actores*)

¡Y retiraos también vosotros a cumplir con vuestros desatendidos deberes...! ¡Terminad de una vez con estos deshonestos holgorios y nos evitaréis tomar otras medidas que podrían resultar harto disgustosas...!

(*Ladridos bruscos por los fondos. Se retiran todos los actores quedando en escena únicamente* GRAN REY *y* M/Z. *Aquel se levanta, toma la corona y se pone a frotarla. Pasea. Tropieza con el montón de Zizy tapado con la sábana. La destapa y le da una patada*)

GRAN REY.—¡Todavía no has tenido todo tu merecido, puta asquerosa! ¡Vas a saber cómo tratamos en este país a las perras salidas que abandonan sus hogares cada noche!

(*La estrangula parsimoniosamente*)

¡Búscate ahora perros de tu pelaje que vengan a restregar sus hocicos contra tu culo de negra!

(*Se separa lentamente del cuerpo de* M/Z. ROJO *y* BLANCO *entran y se despojan de sus habituales vestimentas, abandonando todo el posible histrionismo con que han venido jugando y se convierten en dos personajes llenos de serena dignidad*)

BLANCO.—¡Dios os guarde por toda una eternidad, Majestad!

ROJO.—¡Para el bien del Imperio!

GRAN REY.— (*Devolviendo la ironía*)

¡Salud, compañeros!

(*Durante un tiempo quedan enfrentados.* BLANCO *y* ROJO, *sepulcrales.* GRAN REY *con una son-*

risa de supremo sarcasmo y sin dejar de frotar su corona)

¡Vosotros me diréis qué se debe hacer después de vuestra esclarecida revuelta!

ROJO.—De nada ha servido, ciertamente, "nuestra esclarecida revuelta". El que ha de acabar contigo no será ningún principito de palacio. Ha de nacer de alguna de esas perras despellejadas por vosotros y no de la que solamente creyó serlo en los teatros de cada noche.

(*Señalan a Zizy*)

GRAN REY.— (*Dando una nueva patada al cuerpo de* M/Z)

¿Y qué haréis con este caparazón hueco de vuestra hueca revolución?

ROJO.—La echaremos al foso de los traidores. Pero no olvides, padrecito, que a tales muladares suelen ir a nutrirse los perros ansiosos.

BLANCO.—Sí, padrecito. El mecanismo lo desencadenan siempre los hijos de palacio, traidores a su clase y condición. Todo comienza con los infantes de jefe, enemigos, un tiempo, de papá, en su afán por tranquilizar su conciencia de parásitos. Luego son los perros los que terminan la revolución a dentelladas...

ROJO.—Pero, antes, será necesario que bajen los telones y que termine nuestra comedia con revolución dentro.

(ROJO *y* BLANCO *arrastran a* M/Z, *sobre la sábana, fuera del escenario. Los dos* REYES *habrán formado un todo, uno sentado en la sillita plegable y el otro, de pie, tras el primero, con el manto de pieles de perro cubriendo a los dos. Foco de luz fría sobre el bloque.*

BLANCO *y* ROJO *regresan a escena y, con el sexteto de* COMPARSAS, *forman un coro que recita, muy lentamente, la canción final mientras cae, también lentísimo, el telón*)

CORO.—Sobre el cadáver del Imperio
papá-moscarda puso sus huevos
y de las huevas del viejo mosco
brotó un moscardito-emperador
oliendo todo a moscas antiguas
y a cadáver recienacido.

Antología Teatral Española

años 70 y 80

TITULOS PUBLICADOS

N.º 1 *La venta del ahorcado*, de Domingo Miras

N.º 2 *Picasso, reino milenario*, de José Martín Elizondo

N.º 3 *Los perros*, de Luis Riaza

N.º 4 *Cuatro happenings*, Jerónimo López Mozo

PROXIMA APARICION

N.º 5 *El bonito juego de los números*, de M. Signes Mengual

N.º 6 *Los hombres y sus sombras* (*Temores y Miserias del IV Reich*), de Alfonso Sastre

N.º 7 *El barco en la botella*, de F. Martín Iniesta

N.º 8 *Anna o la venganza:* Ensayo general de Manuel Serrat Crespo

El presente volumen ha sido editado gracias a la colaboración de la Dirección Regional de Educación, Consejería de Cultura y Educación, Comunidad Autónoma de la Región de Murcia.

Antología Teatral Española

años 70 y 80

N.º 3

La Antología de Teatro Español (A.T.E.) pretende reunir textos inéditos de autores españoles, sin distinción temática y estética. Se trata de agrupar la mayoría de los dramaturgos que han aparecido en la escena española durante la segunda mitad del siglo XX. Sólo a posteriori el lector podrá valorar lo que es el teatro español en este período y hacer sus propias clasificaciones.

El texto dramático será el principal protagonista de estos libros, aunque irán siempre acompañados por la correspondiente bio-bibliografía y una breve introducción a cargo de un especialista escénico, que deseamos tenga la función de animar a posibles montajes.